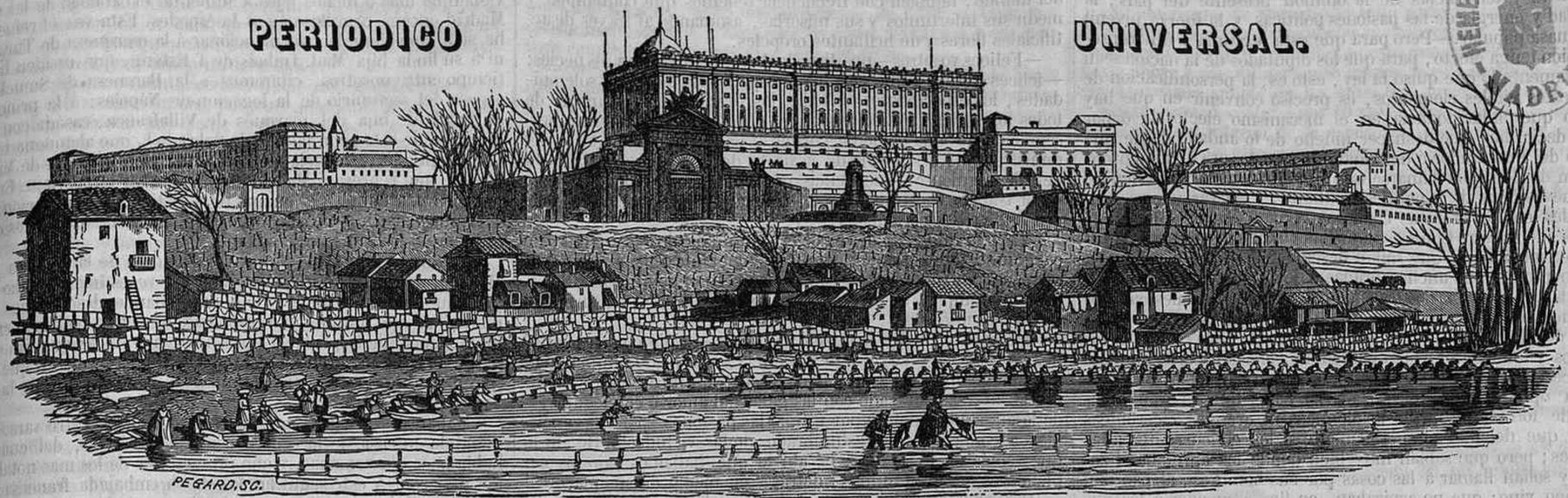


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 9 rs.

NUM. 249.—SÁBADO 3 DE DICIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ADVERTENCIA.

Nuestros suscritores nos dispensarán el retraso con que se reparte este número, en gracia de las mejoras que recibe nuestro periódico: ya en una hoja que repartimos el sábado, indicamos la causa de esta interrupción, que por primera vez en cinco años ha sufrido LA ILUSTRACION. No hemos querido alterar nada ni la *Cronica matritense*, ni la *Revista de Madrid*, ni otros materiales de actualidad, aun á riesgo de que parezcan estemporáneos, porque estando destinado nuestro periódico á encuadernarse, importa que conserven estos escritos el carácter de los dias en que se escribieron, á fin de no alterar el orden cronológico de ellos. Esperamos que los próximos números de LA ILUSTRACION correspondan mejor aun que el presente al favor del público y á nuestros deseos.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE NOVIEMBRE.

La presente crónica mensual debía salir encuadrada de filete negro, como durante todo él ha aparecido la funesta página segunda del *Diario de Madrid*.—Desde los primeros dias del mes, consagrados por la Iglesia á la conmemoracion de los difuntos, y por los fieles vivientes á la piadosa visita á los cementerios, no ha cesado la terrible campana en su fúnebre clamoreo; no han resonado en los templos otros cantos que los sentidos del *requiem aeternam*; no han hecho los habitantes de Madrid otras giras ó paseos estramuros que los obligados acompañamientos de los finados hasta su triste y última morada.—Las eminencias más célebres de la política, de la aristocracia, de la riqueza y de la beldad; las gracias de la infancia, la arrogancia de la juventud, el encanto del saber, nada ha bastado á detener la terrible marcha de la muerte; todo ha cedido ante su inflexible y certera segur; todo ha servido de pasto á su voracidad, de despojos á su negro pendon.

Sin pasar adelante, solo en los primeros dias del mes yacian simultáneamente en el fúnebre estrado varios personajes, célebres en la política y en la historia contemporánea; los Excelentísimos señores *D. Juan Alvarez y Mendizabal* y *D. José de la Peña y Aguayo*, exministros de Hacienda; *D. Manuel Ribote*, juez decano del Tribunal de la Rota, y el último viviente de los sesenta y nueve diputados que en 1814 firmaron la famosa esposicion al rey Fernando, que empezaba: «Acostumbraban, señor, los antiguos *Persas*, etc.» *D. Manuel Saenz de Viniegra*, antiguo diplomático en las cortes de Atenas y Lisboa; el brigadier *D. Jaime Salamanca*, y el director que fué de caminos *D. Manuel Varela y Limia*; y con corta diferencia de dias el general *Cuevillas*, el afamado calígrafo *Iturzaeta*, el opulento banquero *D. Mariano Barrio*, el cura párroco de San Luis, señor *Cortes Martinez*, y otros que ahora no recordamos, y que sería prolijo enumerar, seguian el mismo camino; y por consecuencia de todas estas parciales catástrofes, estendiase sobre nuestra villa y sobre nuestra sociedad ese velo funeral, ese tinte melancólico y sombrío, que unido á las densas nieblas, propias del mes *brumario*, ha acabado por imprimir á nuestro noviembre su tétrica y memorable fisonomía.

Pero afortunadamente amaneció un dia 19 en que la muerte pareció hacer alto en su carrera; en que la atmósfera tornó á revestir sus más brillantes colores; en que la sociedad española revivió á la grata conmemoracion del nombre de su REINA; en que la política recobró su antiguo vigor, á la perspectiva de nuevas campañas; y en medio de tantos cadáveres, otro cadáver tambien, que yacia en sueño cataléptico desde el invierno pasado, el Parlamento español, sacudió el polvo del sepulcro, levantó su adormecida cabeza, abrió las puertas de su templo, y colocó sobre ellas el pabellon nacional.—Desde entonces y á tan solemne resurreccion, la faz de nuestra villa y corte cambió rápidamente; y lo que antes era respuestas y gemidos, oraciones y fúnebres discursos, es ya agitacion y movimiento, alardes y floreos oratorios, ataques y defensas estratégicas, tajos y mandobles cortesces.—El Espíritu Santo ha vuelto á flover lenguas de fuego sobre el antiguo edificio de su advocacion, y que hoy ocupan dignamente los *padres de la patria*; y tambien sobre el otro en que se reúnen sus *abuelos* y que antes poseyeron los tomísticos doctores del Aguila de la Iglesia, bajo el patrocinio de Doña *Maria de Córdoba y Aragon*.

Y es lo más nuevo del caso, que en esta simultánea resurreccion de entrambos cuerpos, el más veterano y achacoso re-

aparece hoy á la vida con mayores brios que el otro juvenil, y por consecuencia atrae hácia sí la atencion y simpatias de preferencia en el agitado campo de la política.—Para los que se ocupan *sériamente* de esta señora, aquel suceso, al parecer anómalo y extraordinario, es sin embargo muy natural.—El Senado vitalicio (dicen), último término de la escala social, magnífica reunion de todas las altas ilustraciones contemporáneas, de todas las eminencias en las diversas carreras, de la iglesia, de las armas, de las letras, de la administracion, de la

tribuna y del foro; representando además personalmente sus individuos las glorias antiguas de la nacion en sus más ilustres apellidos y blasones, la influencia de la gran propiedad territorial, el alto comercio y la industria; no sujeto, en fin, á las oscilaciones de una periódica renovacion, á los manejos é intrigas de los electores y elegibles, á los cambios de ministerios, y á los golpes *ab-irato* de su respectiva política, no puede menos de ser la espresion más genuina, fija y respetable de todos aquellos grandes intereses que reunidos forman el interés permanente



El emperador de Austria, Francisco José, en traje de gran Maestre de la orden del Toison de oro, segun el dibujo original de F. Kanitz.



del Estado.—El Congreso de los diputados (continúan) por su frecuente renovación y por su origen popular, está llamado á reflejar propiamente las alteraciones de la época, la espresion, el espíritu y tendencias de la opinion presente del país, la vitalidad y energía de las pasiones políticas, y la fuerza juvenil de la masa popular.—Pero para que esta legítima y útil representación tenga efecto, para que los diputados de la nación sean efectivamente lo que quiso la ley, esto es, la personificación de todos estos vitales elementos, es preciso convenir en que hay mucho que andar todavía en el mecanismo electoral, ó por mejor decir, hay que deshacer mucho de lo andado desde que el tipo del Procurador ó del Diputado á Cortes era lo que entonces con desden solía llamarse una *notabilidad de campanario*. Las nuevas fases de la política militante, y las variaciones sustanciales en los sistemas electorales, han desterrado, puede decirse, de nuestro Congreso aquellas chanflonas aunque genuinas personalidades, que solían descolgarse en los escaños del Parlamento con sus anchas bragas y levitones, con sus manos desnudas, y sus cabezas despeinadas, con sus modales castizos y su acento provincial; que solían pisar por primera vez las calles de Madrid, ó ignoraban por cual de ellas se iba á los palacios y ministerios; pero en cambio conocían perfectamente las necesidades de sus representados, y sabían de coro la verdadera opinion y los deseos de su país; que no eran hombres de formar discursos académicos ni arengas cicerónicas de las que deleitan agradablemente á los concurrentes á las tribunas; pero que sabían muy bien dónde les apretaba el zapato, y solían llamar á las cosas por sus nombres, al pan pan y al vino vino; que no aspiraban, en fin, á suceder á los ministros en las doradas poltronas, sino á que, concluida su misión, se cerrasen las sesiones para volverse á sus faenas agrícolas ó mercantiles, forenses, científicas ó industriales.

Pero la *civilización* de la época y la perfectibilidad de las leyes electorales nos han libertado casi por completo de esos estantiguos de diputados fósiles y antediluvianos, y en cambio nos brinda con una reunion de grandes oradores, de jóvenes apuestos y galanes, de elegantes modales y gentil figura, de arrogancia y desembarazo, de blanca camisa y anteado guante; y en los días solemnes, de magníficos uniformes, placas y decoraciones que revelan su carácter de funcionarios públicos, á par que de diputados; de perceptores del presupuesto, á par que de formadores de él; de personajes de corte al mismo tiempo que de individuos de las Cortes.—El salón del Congreso en tales días está hecho un cielo, y puede compararse en esplendor al régio de Embajadores; los mismos electores quedarían deslumbrados con tanta brillantez; oírían luego sus magníficos discursos, sus brillantes apóstrofes y sus enérgicas interpelaciones, y quedarían con tanta boca abierta sin entender de qué se trataba; y aun después de una votación nominal, y de reparar con la vista todo aquel elegante hemiciclo, habria tal vez quien volviéndose al vecino le preguntase cándidamente;—¿sabrá Vd. decirme cuál de estos señores es el que ha nombrado el gobierno por mi lugar?

Pero dejando á un lado esta digresion á que nos ha conducido la reseña del suceso mas importante del mes, y volviendo como no podemos menos, á la parte fúnebre de su crónica, nos hallaremos de buenas á primeras con nuevas muertes; á bien que estas no son por fortuna físicas y materiales como las anteriormente reseñadas, sino civiles y políticas, y como las lluvias de abril ó de noviembre, con el carácter de temporal.—Queremos hablar de las suspensiones, cesantías y jubilamientos que han dominado durante toda la última luna en las regiones administrativas; de las catástrofes parciales en los diversos record de la administracion, y de sus ordinarios servidores.—No recordamos, es verdad, á punto fijo cuántos decretos han fallecido en el mes presente, como el de 7 de agosto, sobre ferro-carriles, á impulsos del aura reinante en el actual; cuántas juntas y comisiones han dejado de existir, como la consultiva de teatros; cuántos arreglos han arreglado de nuevo los arreglos anteriores de las secretarías; cuántos funcionarios han quedado en seco de resultados del último turbion.—La indicacion sola de todos estos sucesos llenaria triple número de cuartillas de papel de las destinadas á nuestra revista, y no es cosa que merezca la pena de enviar por otras al almacén de la esquina; únicamente en lo que toca mas de cerca á nuestro Madrid, consignaremos que tambien trocó la provincia su primera autoridad política, y hasta la Villa heroica perdió su modesta y excelente, aunque no Excelentísima autoridad local. El ayuntamiento pues se quedó sin Piernas, es decir, sin su digno y respetable presidente de este apellido; y el señor Quinto sucedió á aquel, el sétimo en el órden cronológico de los alcaldes corregidores.

Madrid se divierte sin embargo de todas estas catástrofes: se divierte en el Teatro Real y en el Circo con los duques de Mantua en las óperas tituladas *Rigoletto* y *La cisterna encantada*; se divierte en el del Príncipe con la *Alquería de Bretaña*, *Adriana de Lecouvreur* y otras novedades; y en la Cruz con *Las ruinas de Babilonia* y *La choza de Tom*; en el de Lope de Vega celebra el aniversario de aquel *fenix de los ingenios*; en el Instituto Francés se divierte con no asistir á él; y en el Genio se distrae de las escenas fúnebres del mes con dramas por el estilo de *El triunfo mas espantable del monstruo de Caldonia*; baila en los antiguos salones de la casa de la Misericordia y del Circo de Paul; favoreció con su ausencia las corridas de caballos de la sociedad hípica en la Casa del Campo; y no dejó en el tintero sus correspondientes batidas al monte del Pardo los días 1 y 15 del mes á caza de la fruta simbólica de la edad de oro.—*E sempre bene*.—A esperar á diciembre, mes clásico en esta tierra prometida de la corte, como dedicado especialmente á la deidad reinante en ella, al nunca bastante adorado Dios *Turron*.

EL CRONISTA.

REVISTA DE MADRID.

¡Ya estamos en Madrid y en nuestros barrios! Hé ahí lo que se dicen al regresar á la heroica villa y corte, como el héroe trágico de D. Ramon de la Cruz, los numerosos tráfugas del verano; y hé ahí tambien lo que nosotros decimos al regresar después de tres años de ausencia á las columnas de LA ILUSTRACION. A emprender vamos nuevamente la crónica de la vida madrileña; á recorrer vamos de nuevo los paseos, los salones, los teatros, todos los grandes centros de sociedad y de animacion, donde bullen y se agitan tantos individuos distintos; don-

de se agitan y bullen tantos intereses diversos. Tarea es esta que tanto tiene de grata y divertida á veces, como de enojosa y triste otras; porque si vivimos en el torbellino de los placeres del mundo, tambien con frecuencia tenemos que contemplar y medir sus infortunios y sus miserias, asomando al través de artificiales flores y de brillantes oropeles.

—Felices vosotros—nos dicen los hombres frívolos y los necios; —felices vosotros que sois los huéspedes de todas las solemnidades, los espectadores de todos los dramas, los cronistas de todos los saraos! Felices vosotros, que desde la primera representación de una comedia correis al baile del embajador ó del ministro; que descansais de la fiesta de la víspera en la fiesta del día siguiente; que tenéis por obligacion variados goces, y por trabajo vuestra alegre existencia. Felices, mil veces felices vosotros los periodistas!

Y en la inteligencia estrecha y limitada de tales entes, no cabe nunca el pensamiento de que semejante mision sea áspera y dura á menudo; que canse como el suplicio de las Danaidas; que aflija y torture el corazon; que gaste y enturbie el entendimiento.

Siempre, siempre lo mismo! Siempre el siglo con su pequeñez verdadera y su grandeza ficticia; siempre la humanidad con sus gigantescas aspiraciones y sus raquífticas obras; siempre el interés disfrazado con las galas del amor ó con los atavíos de la amistad; siempre por último las pasiones bastardas encubiertas con el manto deslumbrador de las virtudes!—Hé ahí lo que vemos un día y otro; hé ahí lo que hallamos bajo los esplendores del gran mundo, detrás y en medio de sus placeres! —¡Dígasenos ahora si ese espectáculo no ha de repugnar y afligir igualmente; dígasenos ahora si somos de envidia dignos, ó si por el contrario no merecemos lástima y simpatía!

Para el vulgo que solo ve lo que sus ojos miran, es tarea con extremo grata la de correr á todas las fiestas, la de asistir á todas las solemnidades: para el hombre pensador, para el filósofo que estudia cuanto le rodea, y que no se deja deslumbrar por aparentes pompas, es, repetímoslo, tarea amarga y dolorosa.

Ya sabemos lo que hemos de narrar el invierno actual:—lo mismo que el invierno anterior; lo mismo que el invierno siguiente. Muchos casamientos por cálculo, muy pocos por inclinacion; muchas aventuras de las que se llamaban *galantes* en otro tiempo, y en las que escasamente entra ahora la galantería; infinitos saraos; banquetes políticos aunque no cortesés; algunas docenas de desafíos; algun centenar de intrigas carnavalescas.—Y hablaremos de la belleza del otoño, de la alegría del invierno, de los encantos de la primavera; y tornará después el estío, y tornaremos á nuestro silencio, hasta que volvamos á describir lo que hemos descrito antes en diferentes términos.

Dejemos, dejemos ya nuestras reflexiones, como se deja á la puerta del salón de baile el paletot ó la capa en que nos embozamos; como se deja la buena fé á la puerta de ciertos santuarios modernos; como se deja la virginidad del alma á las puertas de la juventud.—Entremos: todo nos brinda con irresistibles seducciones. Los palacios recién restaurados brillan con la triple luz de la hermosura, de los diamantes y del gas. Las jóvenes ostentan sus frescas *toilettes*, que acaban de llegar de París, ó que acaban de salir de manos de la Chavaní, de la Honorina, ó de la Bernés, mientras sus lindos rostros plácidos, serenos, sonrosados, revelan que apenas ha principiado esa doble campaña de amor y de fiestas, en que si hay muchos heridos no faltan tampoco muertos.

Penetremos en los teatros: en todos hay animacion, y brillante y numerosa concurrencia; cada uno tiene su diosa: en el Real se llama Marietta Gazzaniga; en el Príncipe Teodora Lamadrid; en Lope de Vega Josefa Palma; en el Circo Amalia Ramirez. Y para todos esos ídolos tiene el público coronas y flores; para todos ovaciones y laureles.

El sol de diciembre destella sus vivos rayos sobre la naturaleza yerba y mustia, que no se reanima al ardor de sus ósculos hasta abril ó mayo: marchemos á la Fuente Castellana. Aquel es el paseo aristocrático por excelencia; aquel es el *rendez vous* de cuanto encierra la capital de elegante y de bello; aquellos son en fin los Campos Elíseos de Madrid, adonde concurren los *dandys* á lucir sus caballos, las damas sus blasonadas carretelas; los unos su fausto, los otros su vergüenza. Muchos de esos espléndidos carruajes tienen su historia, á veces alegre, patética á veces, á veces horrible. Algun día que nos sea lícito os contaremos, lectores nuestros, la de una berlina azul que ocupa siempre una mujer pálida, eternamente vestida de negro, para simbolizar sin duda el luto que hace años viste su corazon. Ojalá esa historia dolorosa no se escriba pronto, segun temen algunos, sobre la marmórea piedra de un sepulcro!

Pero ¿en qué consiste que hoy, como esos torpes remeros que en vez de dominar son dominados por la corriente rápida y conducidos á un rumbo contrario á sus deseos; en qué consiste, decimos, que hoy las imágenes mas risueñas nos llevan á fúnebres pensamientos? Lejos, lejos de nosotros la tristeza; lejos, lejos de nosotros la amarga filosofía! Narremos, no discutamos; consignemos, y no espliquemos.

Tornamos á reanudar nuestras tareas, precisamente en la época mas propicia para ellas, en la época en que solo existe *l'embarras du choix*, cuando se trata de escribir *Revistas madrileñas*.—Chismografía, saraos, solemnidades, todo abunda; el presente y el porvenir son tan ricos el uno como el otro. Comencemos por el principio; comencemos por lo primero, diferenciándonos así de aquel arquitecto que queria edificar las torres de una iglesia antes de poner los cimientos. ¡Y cuántos arquitectos políticos han parodiado después este invento maravilloso!

El Carnaval viene tarde el año próximo, y sin embargo ya se percibe lejano el rumor de su gorro de cascabeles, á cuyo mágico influjo parece como si la humanidad perdiese la cabeza, sintiendo el vértigo que la impulsa y arrastra en pos de los placeres. Preludios son ya de la llegada del alegre loco la multitud de sociedades coreográficas que en el barrio del Barquillo y en la calle de Capellanes se aprestan á llamar á su recinto á las síldides alcarreñas; tambien le anuncian y revelan las reuniones que se inauguran, y los salones que franquean de par en par sus puertas. Los primeros que las abren y los últimos que las cierran son los de la condesa del Montijo, centro natural y antiguo de la buena sociedad.

El domingo anterior comenzó sus recepciones, para continuarlas las siguientes, la ilustre madre de la emperatriz de los franceses, y ya fué numerosa la concurrencia aquella noche.

Nada mas agradable que esta primera fiesta todos los años: reñévanse allí las relaciones interrumpidas; cuéntanse los ausentes, y se cuentan tambien las nuevas hermosuras que vienen de mas ó menos lejos á aumentar el catálogo de las que ha sido considerable: sin mencionar á la marquesa de Turgot, ni á su linda hija Mad. Dubois de l'Estang, que residen hace tiempo entre nosotros, citaremos á la Baronesa de Smucker, esposa del secretario de la legacion de Nápoles; á la princesa de Scláfi, hija del marqués de Villafranca; á la princesa hermano de este; á la familia de Sobradriel, que abandona temporalmente su residencia de Zaragoza; y en fin, á la de Villafranca, que regresa á Madrid después de un largo viaje. En el personal masculino del cuerpo diplomático, la renovacion ha sido aun mayor, y no hay en él casi un individuo de los que el invierno pasado lo componian.

No diremos nada de la primera reunion de la condesa del Montijo; porque repetiríamos lo que mil veces hemos dicho ya, y porque queremos dejarlo todo para cuando describamos las maravillas que durante el verano pasado se han realizado en el lindo palacio de la plazuela del Angel, maravillas que sin embargo no contemplaremos hasta el 29 de enero, día en que segun costumbre se festejará con un gran baile el santo de la jóven duquesa de Alba.

Mañana se verifica, con un motivo análogo, otro sarao espléndido en casa de la señora condesa de Yelle, del cual se habla hace dos semanas, y que promete ser de los mas notables del invierno. A este seguirán los de la embajada francesa; el que prepara igualmente para el 4.º de enero el marqués de Gervira, y los que parece dará el señor Osma, ministro del Perú, en el palacio de Villa-hermosa, que adorna en el día con un lujo fabuloso.

Ni es esto solo: los lunes recibe la señora de Page; los miércoles, la marquesa de Fonvielle; los jueves, la señora de Miranda; y cada quince días, los sábados, el duque de Rivas celebra sus reuniones literarias, que tantos encantos ofrecen, así por la franca galantería con que el ilustre vate hace los honores, como por el mérito de las composiciones poéticas que se leen.—El autor del *Moro esposo* y de *Don Alvaro* es el Meceñas ilustrado y benévolo de la juventud inteligente: él hace de su mansion suntuosa la arena de los útiles combates que antes se celebraban en los liceos; él estimula al talento y le presta alas; y él, en fin, artista y poeta á un tiempo, divide sus ócios entre el pincel y la pluma, entre la leccion y el ejemplo.

Hay allí algo tan agradable, tan ameno, tan variado como la lectura y como la discusion, y es la conversacion alegre, animada, chistosa, en que cada uno hace alarde de su ingenio, de su erudicion, de su gracejo. Otras veces se escriben sonetos con piés forzados y á asuntos burlescos; otras se refieren curiosas anécdotas semi-políticas, semi-literarias, semi-chismográficas.—Una de estas oímos el sábado, relativa á nuestro amigo Isidro Wall, el jóven y distinguido escritor cuyo artículo sobre el *Amor* hemos publicado en el número último, que vamos á narrar á nuestros lectores, en la confianza de que nos guardarán el secreto...

Pero al llegar aquí nos detiene la mano férrea del regente de la imprenta, gritándonos con ronca voz:

—Basta!

Y nosotros nos vemos obligados á suspender nuestro cuento, poniendo como en los folletines de los periódicos diarios un: *se continuará*.

LEPORELLO.

LEGISLACION MUSULMANA.

(Conclusion.)

El apóstata puede abjurar su impiedad hasta tres veces; pero si por cuarta vez vuelve á incurrir en el mismo crimen, debe irremisiblemente caer sobre él todo el peso de la justicia.

Pasemos al castigo de los crímenes contra las personas. «Si el musulman que blasfema, dice Mahoma, pertenece á la clase de los impíos, el homicida debe ser relegado á la de los infieles.» El Koran castiga con la pena del Talion al homicida voluntario, «sangre por sangre;» pero es necesario probar que el crimen se ha cometido con alguna arma ó instrumento propio para dar la muerte, ya sea que la cause en el acto, ó ya algun tiempo después. Igual pena corresponde al que arroja á otro al fuego. Exceptúanse los insensatos, los menores y los muy ancianos y decrepitos, que no estarán sujetos sino á una satisfaccion pecuniaria. En otro capítulo se incluye la condenacion por toda la eternidad. «El que diese muerte voluntaria á un creyente, será condenado al infierno. Dios irritado contra él lo maldecirá y lo destinará á un suplicio espantoso.»

Observemos de paso que el texto no habla sino del homicidio del creyente, del fiel. El mismo delito cometido contra un extranjero puede absolverse, por una satisfaccion pecuniaria. Sin embargo, esta escepcion es únicamente para los musulmanes. El extranjero que diese muerte á otro de su clase, sufriría irremisiblemente la pena capital. El respeto del poder paterno ha indicado al legislador otra escepcion no menos extraordinaria, y que se deriva del principio fundamental del derecho musulman, que consagra la desigualdad ante la ley. Si el homicidio lo cometen algunos de los ascendientes del difunto, el homicida está libre de la pena capital; únicamente deberá pagar el rescate de la sangre, y tendrá tres años de término para pagar su deuda. El que diese muerte á su esclavo, participa de igual privilegio, lo mismo que su cómplice.

Si la muerte ha sido cometida con una arma poco á propósito, con un palo, un látigo, etc., la pena pecuniaria reemplaza á la afflictiva, y el juez le añade una pena expiatoria. Esta pena pecuniaria consiste en el valor de cien camellos, y la pena expiatoria es la obligacion de dar libertad á una esclava musulmana. Si el homicida no tiene los suficientes medios para satisfacer esta libertad, se permuta en una abstincencia de dos meses consecutivos; esta abstincencia está arreglada del modo siguiente. «Estará privado de toda clase de sustento desde la aurora hasta el ocaso.» La mas mínima demostracion de incontinencia obligaria al reo á empezar de nuevo su tiempo de prueba.

«Si el homicidio es involuntario (dice el capítulo del Koran) el homicida debe redimir á un fiel de su cautiverio, y á

la familia del difunto debe dar la suma que fija la ley, al menos que ella no lo perdona. Por la muerte de un creyente, aunque sea de nacion enemiga, se dará libertad á un prisionero. Por la de un aliado, se redimirá un cautivo fiel, y se pagará á la familia la suma prescrita. El que no encuentre cautivo que redimir ayunará dos meses seguidos. Estas leyes provienen de la justicia de un Dios sabio.»

Los antiguos comentarios han fijado esta satisfaccion pecuniaria en mil escudos de oro, llamados *precio de la sangre*. Algunos han opinado que podia permutarse por cien camellos, doscientos bueyes, doscientos carneros ó doscientas camisas, segun los haberes de los delinquentes. Sin embargo, es necesario notar que si el *precio de la sangre* para un hombre libre es de doscientos carneros, por ejemplo, para una mujer deberá ser únicamente de ciento, para un esclavo no podrá exceder de ciento noventa y nueve, y por consiguiente para una esclava no podrá exceder de noventa y nueve, atendida la distincion general establecida por la ley entre las condiciones de las personas.

La familia, y por su falta la corporacion ó ciudad á que pertenece el homicida, son responsables del *precio de la sangre*. Los herederos del difunto tienen derecho hasta para dirigir su accion contra el tesoro público, que está obligado á pagarlo tambien como parte solidaria.

Cualquiera heredero que persiguiese al criminal, tiene su accion libre, ó para reclamar que se le aplique la pena del Talion, ó para admitir una satisfaccion pecuniaria, ó para perdonarle del todo. Mas la aplicacion de la pena del Talion exige el concurso de todos los herederos. Si alguno de ellos se opone, ya sea agraciando al reo ó ya conviniéndose con él en una cantidad, es nulo el parecer de los demás. Si un hombre hubiese cometido muchos crímenes, y sufrido ya por uno de ellos la pena del Talion, quedan los demás interesados sin el derecho de pedir contra él una pena pecuniaria. Un hombre acometido por otro en un desierto ó un sitio aislado, está libre de cargo alguno, si matase al agresor en la defensa; pero sufriría la pena capital si igual caso sucediese en medio del dia y en el centro de una ciudad.

En el caso de homicidio clandestino, es decir, siendo inútiles las investigaciones de los herederos del difunto, ó las del juez, se dirige la accion contra cincuenta personas elegidas entre los habitantes del cuartel en donde fuese hallado el cadáver; á cada cual se le obliga á jurar su inocencia, su ignorancia de las circunstancias del crimen, y del nombre del criminal. Si todas estas personas protestan de su inocencia, el cuartel queda condenado al *precio de la sangre*. Si se encuentra el cadáver entre dos aldeas, la mas próxima es la responsable de la satisfaccion pecuniaria. Si se encuentra en la hacienda de alguno, el dueño de ella debe por sí evacuar las diligencias de los cincuenta juramentos, ó pagar el precio que fija la ley. Si es encontrado en alguna mezquita ó en algun camino real, el tesoro responde del *precio de la sangre*. Los herederos no pierden su derecho, á no ser que se halle el cadáver en su misma habitacion, ó ahogado en algun rio, ó muerto en algun sitio que á nadie pertenezca.

Estas penas no son á la verdad mas crueles que las inscritas en los códigos penales de Europa. Por el contrario, se encuentra en algunas de estas disposiciones de la ley musulmana, como por ejemplo en el caso del homicidio voluntario de un padre sobre su hijo, en el que libra al padre de la pena capital, una cierta delicadeza, acaso inoportuna, pero que confirma el respeto del legislador hácia el carácter sagrado de la paternidad, que ni tan enorme crimen puede borrar en su consideracion. Ciertamente el rescate del crimen por una pena pecuniaria es un resto de barbarie que recuerda nuestras antiguas instituciones; pero es necesario recordar que este precio de la sangre no es lícito sino en caso de homicidio involuntario, y que el juez, tutor natural de todos los ciudadanos, está para cuidar de que la vindicta pública sea satisfecha. La responsabilidad de los cuarteles ó aldeas en donde fuese hallado un cadáver, cuando el homicidio no ha podido ser descubierto, no puede comprenderse bien sino trasladándonos al país donde estan en vigor semejantes leyes.

Esta especie de seguridad mútua contra el crimen es un auxilio á la moral y á la justicia en las tribus árabes, en donde no hay otros medios mas eficaces de vigilancia. Las indemnizaciones debidas por el tesoro público á las familias que pierden así uno de sus miembros, no son otra cosa que una consagracion del mismo principio.

REVISTA UNIVERSAL.

—El rey de Bélgica ha dado el permiso para que los hermosos cuadros pintados por los modernos artistas belgas, que son de su propiedad y se hallan actualmente en la esposicion de Dublin, puedan esponderse por un mes al público de Londres en la galeria de los SS. Graven, en la calle de Pall-mall.

—El príncipe de Metternich acaba de regalar á la ciudad de Bruselas el busto de bronce de Carlos V, en agradecimiento de la larga hospitalidad que dicha ciudad le ha dado. El busto será colocado en el gran salon del Hotel de Ville.

—El 16 del mes de noviembre se abrió en Weimar (Alemania) una esposicion sumamente interesante en celebracion del 300.º aniversario del nacimiento de Lucas Cranach. Dicha esposicion se componia de pinturas, dibujos y grabados en madera, todos estos objetos obras exclusivas del citado artista. El tan celebrado cuadro del altar mayor de la iglesia principal de Weimar formó igualmente parte de esta esposicion. Casi todos los cuadros habian sido remitidos por las colecciones particulares esparcidas por toda la Alemania. Con dificultad se habrá jamás reunido una ilustracion tan completa de las obras progresivas de ningun maestro, como en la esposicion temporal de Weimar. Se ha abierto una suscripcion para sufragar los gastos de un conveniente monumento que ha de erigirse á este artista alemán de tiempos pasados.

—Un combinado y económico aparato para la produccion del gas en pequeña escala, aplicada á casas de campo, fondas, etc., ha sido inventado por Mr. Bower en Londres, habiendo obtenido este señor el privilegio de invencion: los gastos de dicho aparato son de poca monta.

—En la montaña del Colorado, en América del Sud, se ha encontrado oro, como tambien plata y cobre. Se sabe de ciertas

tribus de indios de aquel país que usan balas de oro para sus fusiles.

—El navio mas antiguo de la marina francesa es el *Occéano*, pues fué botado al agua en noviembre de 1790, y tiene por consiguiente sesenta y tres años de edad. Su última recompostura completa tuvo lugar en el año de 1836.

—Se halla actualmente en el cuartel de inválidos de París una mujer llamada Brulon, que tiene el grado de subteniente, y la cruz de la legion de honor. Su marido fué muerto en una batalla, y ella sirvió durante siete años en su lugar; fué herida varias veces, y admitida en los Inválidos hace cincuenta y tres años, teniendo actualmente ochenta y dos de edad.

—Acaba de introducirse en Francia un árbol llamado Argane, cuyos frutos, después de dar aceite con bastante abundancia, sirven de excelente pasto para los ganados.

—Hemos recibido de Roma la noticia de la muerte del señor Dohler, célebre pianista y compositor alemán.

—Forma actualmente parte de la ópera italiana en París el señor Gardoni, muy conocido del público filarmónico de Madrid.

—El poeta húngaro Norosmarty está ocupado en la version al idioma magyar de Shakspeare; concluido está ya el *King Lear*, y pronto lo estarán *Romeo y Julieta*, y *Ricardo III*.

—La señora Sofia Cruvelli, de la cual decia un periódico madrileño que habia sido escriturada para formar parte de la compañía del Teatro Real, se ha contratado en la ópera italiana de París por dos años, con 4,000 libras esterlinas (unos 400,000 rs. vn.) anuales. Ella escogerá los papeles que quiera cantar; cantará solo dos veces á la semana, y tendrá cuatro meses de vacaciones al año. En el caso de ser invitada para cantar tres veces á la semana, se le pagará la noche extraordinaria con 60 libras esterlinas. Un contrato especial para dos meses de las vacaciones durante la esposicion universal de 1853, le asegura 1000 libras por mes; de suerte que dicha cantatriz percibirá en el segundo año de su contrata en París la suma de 6,000 libras esterlinas (unos 600,000 rs.).

—La actual poblacion permanente de Nueva-York, en los Estados-Unidos, asciende á 600,000 habitantes.

—Ha sido hilado á la mano, y tejido en Henao y Brabante, cierta clase de hilo con una tejedura tan esquisita, que la libra de peso ha sido vendida en 10,000 francos (unos 40,000 rs.).

—Un caballero inglés, que ejerce una profesion, partió hace poco de Viena, capital del Austria, el lunes, y llegó el miércoles por la noche á Brighton, en Inglaterra, habiendo recorrido en este plazo la distancia de 1000 millas (unas 333 leguas).

—El embajador de los Estados-Unidos en Berlin, señor Pedro de Broom, ha tenido que dar esplicaciones satisfactorias sobre un discurso pronunciado por él, y que ponerse el uniforme para ser admitido en audiencia del rey, con motivo de entregar sus credenciales. Pues es sabido que el presidente de los Estados-Unidos ha prohibido á todos los funcionarios vestir de uniforme, y mandádoles presentarse de frac negro siempre, y aun en las ocasiones mas grandes.

—Echando algunos clavos de especias en la tinta, se evita que se ponga mohosa y se le da al mismo tiempo un buen olor.

—Carlos Dickens, uno de los autores ingleses mas célebres de la actualidad, se halla visitando ahora la Italia.

INDUSTRIA Y COMERCIO.

El comercio que el Austria sostiene con la Turquía compone la octava parte del total giro mercantil del Imperio para con las naciones extranjeras, y en los años de 1847 hasta 1850 subió la suma de 28.444,440 florines á la de 30.742,100 florines (un florin, unos ocho reales vellon). Los territorios del bajo Danubio y Levante forman el mercado natural para los productos industriales del Austria, y muchos de ellos deben su boga justamente á la extraordinaria esportacion que tienen para dichos países.

—En el primer semestre del presente año ascendió la esportacion de oro de California á la cantidad de 5.800,000 libras esterlinas, y á unos 3.870,000 en el mismo período del año 1852. De estas sumas llegaron 4.934,000 á Nueva-York, 700,000 á Londres, y lo restante se reparte entre Chile, la China é Islas de Sandwich.

—Se va confirmando en un todo y por todo la noticia de que la esposicion de Industria de Nueva York es muy inferior á la de Londres, y por mayores esfuerzos que se hagan, no logrará jamás elevarse al punto culminante de brillo é importancia á que los hijos de la orgullosa Albion supieron alzar la suya. Falta allí quien todo lo ordene con oportunidad, gusto y cálculo. Se continúa viendo un cúmulo de cajones y fardos que contienen objetos de industria sin haberlos aun tocado siquiera, obstruyendo por donde quiera el paso.

La sala para la coleccion de pinturas no se halla aun habilitada. Tampoco se ha terminado el local en que deben quedar colocadas las máquinas, cuyo número será muy notable. La nueva Finlandia, la Isla de Santo Domingo y el Canadá han remitido sus preciosas pieles muy bien preparadas, esperma de focas, sus originalísimos útiles de caza y pesca, y tambien objetos de joyería, salmon fresco en grandes botes de zinc, y quesos. Estos artículos tendrán á juicio de los remitentes un grande mérito artístico; mas prevaleciendo ya en Nueva-York el gusto por los productos europeos, se miran aquellos con harta indiferencia. Algunas pinturas procedentes del Canadá escitan la hilaridad por su ejecucion, pero aun mas por la poca aprension de enviarlas á la esposicion. Los productos europeos, por el contrario, son admirados, y elogiados en las revistas que publica la prensa periódica.

El Austria ostenta allí, aun cuando no en muy grande número, pero perfectamente colocados, trabajos preciosos en esmalte y cristalería, objetos de porcelana, shalves de Viena, muselinas, etc.

La seccion alemana tiene en la Esposicion mucho de bueno en artefactos de bronce y acero, géneros de lana y terciopelos; mas el lastimoso desorden en la colocacion de todos estos productos paraliza la impresion favorable que podrian y deberian ejercer. Nadie sabe si aquellos objetos proceden del Norte, Sud, Este ó Oeste de Alemania, pues no hay letreros que saquen de duda.

La seccion inglesa y francesa es la que mas cautiva á los visitantes, porque juntamente á lo escogido de los objetos nó-

tase mucho órden. Sus productos pertenecen á todos los ramos de la industria, de cuyo particular mérito habiamos podido ya convencernos en la grande Esposicion de Londres.

El americano ve respecto al éxito general de la Esposicion extraordinariamente defraudadas sus esperanzas. El número de concurrentes es muy reducido, puesto que cuando mucho llegó hasta ahora á seis mil personas diarias, y esto depende del precio demasiado subido de las entradas, puesto que cada carta ó billete viene á costar unos 10 reales. Las fondas, cafés etc. abundan en el interior de la esposicion; pero la gente no sale muy satisfecha de estos establecimientos, sobre todo por lo que respecta el precio subido de las bebidas etc.; mas el ingenio especulativo de los americanos ha sabido sin embargo favorecer á los empresarios respectivos, pues no facilitándose á los que vienen á visitar la Esposicion, se ven obligados, con el grande calor que se siente, á tomar los refrescos allí mismo.

—Las discusiones habidas recientemente entre los dueños de fábricas y trabajadores en Inglaterra, han disminuido notablemente los productos fabriles ingleses; una gran parte de las fábricas mas principales estan cerradas, y hasta sesenta mil trabajadores se hallan en la mas completa inaccion. Dentro de catorce dias cesarán de trabajar todas las fábricas en el Norte de Lancashire, y resultarán sobre cien mil hombres sin ocupacion. Así se explica una carta particular de comercio procedente de Manchester de á mediados de noviembre.

—En un solo mes, á saber, del 12 de setiembre al 10 de octubre último, han sido remitidos hasta 19,369 relojes suizos á Nueva-York y Boston.

—Una de las principales casas fabriles de Basilea, en Suiza, ha tenido la grande generosidad de aumentar durante la carestía actual de viveres los salarios de los trabajadores en términos que el personal de los solteros percibe el aumento de uno por diez, y el de los casados el uno por veinte de sus respectivos haberes.

—Hay en estos momentos en los alrededores de Preston, ciudad de Inglaterra, hasta cuarenta y seis fábricas paralizadas, y el número de trabajadores que se hallan con los brazos cruzados asciende á unos veinticinco mil individuos. De cinco á seis mil son los obreros que no se han unido á los malcontentos, que pertinaces piden un aumento de salario de un diez por ciento.

—Por una carta recibida poco hace de San Petersburgo sábase que el Ministro de Hacienda ha citado de órden del emperador á cuatro de los principales comerciantes, y les ha manifestado que aun cuando las actuales circunstancias y eventualidades tomen el rumbo que quiera, seria la propiedad de los ingleses tanto por tierra como por mar respetada. Al propio tiempo declaró que las circunstancias hacian creer que la paz seria completamente conservada, y que existia la firme persuasion de que, suceda lo que quiera respecto á la cuestion del Oriente, jamás conducirá á una guerra entre la Rusia é Inglaterra.

—Ha sido inaugurada en Friburgo, en Brisgan, ciudad del Gran Ducado de Baden, una fábrica de papel que hará época en los fastos de la historia industrial. La máquina es la mayor de las que estan en actividad en Alemania, y acaso en Europa. Tiene 60 pies de longitud, y produce papel de una anchura de 60 pulgadas. En una hora produce 123 libras de papel fino de escribir, que hacen 6000 hojas, ó 9208 pies cuadrados, cantidad que se debe calificar de fabulosa comparada con lo que suelen producir estas máquinas. Si se pudiera trabajar sin interrupcion, resultaria en un año 1.039,000 libras ó 52.560,000 hojas, equivalentes á 80.662,000 pies cuadrados, lo que es lo mismo, siendo la anchura del papel de un pié y once pulgadas, seria su longitud igual al diámetro de la tierra.

BAZARES DE CONSTANTINOPLA.

Si se reunieran todas las tiendas de Nueva-York, de Filadelfia y Boston, y se hacinában sus mercancías sobre tablillas ó estantes; si se metamorfoseáran sus elegantes marcaderes en rancios musulmanes, graves, barbudos y peinados á la turca; ó en armenios con sus *calpachs* de sonrosado semblante, tendríase entonces á este aspecto una idea del magnífico Bazar de Constantinopla.

Este Bazar es como una ciudad entera con una sola techumbre. Puédesse andar por él un dia cumplido; dar mil vueltas y revueltas; pasar de una á otra calle, y subir y bajar, sin que jamás dejen de encontrarse nuevos objetos de curiosidad novelera, y hasta sin reconocer los sitios mil veces desandados. Su techo tiene tanta elevacion como nuestras casas de tres pisos; y la débil y opaca luz, que tan ventajosa es siempre á los mercaderes, penetra al través de una patarata que solo se limpia cuando llueve.

Inagotable entretenimiento ofrece este Bazar á los que errantes por él se pasean. Andar por allí de prisa es cosa imposible; porque sus avenidas estan mas rellenas de gentío que el zaguan de nuestras iglesias al salir de un sermón del Viernes Santo. Ya se ve una cuadrilla de señoras turcas, deslizándose suavemente con sus chancas amarillas y cubierto el rostro; ya una gordiflona esclava con un niño en brazos. Acá se encuentra un *hervas*, armado de punta en blanco, abriendo paso para un mandarín que va tras de él: acullá un grupo de todas castas, que no le dejan á uno mas arbitrio que apretar los codos y dejarse llevar á guisa de fardo y á merced de los transeúntes.

Las tiendas tienen seis piés de ancho y tres ó cuatro de profundidad. Sus propietarios, sentados detrás del mostrador, sacan cuanto es necesario sin menearse de su asiento. El mostrador es un ancho banco, á dos piés del suelo, que se estiende por todo lo largo de la calle delante de las tiendas, separadas unas de otras con un liviano tabique. El que va á comprar se sienta en el mostrador para evitar las oleadas del gentío, y el mercader presenta sus mercancías encima de sus rodillas, sin hablar nunca una sola palabra, como no sea para decir los precios. Considerado se mira por sus vecinos como un prodigio, si añade la palabra *bueno ó véalo*, únicas que un verdadero turco conoce de las lenguas occidentales. A veces sucede que mientras el comprador busca cosa que le guste, se desliza el mercader por un agujero hácia el nicho que le sirve de dormitorio: allí hace él sus abluciones, y concluida la ceremonia,

vuelve á hacer gala en silencio de su tapiz sagrado en direccion á la Meca; hincase de rodillas y cuchichea su plegaria sin curarse del comprador ni de los que por allí pasean. Por ningun negocio del mundo deja de llenar sus deberes religiosos: hasta huyendo de una peste, pararia el musulman cinco veces al dia, el tiempo preciso para sus rezos.

Al presentarse un franco en una tienda nunca deja de excitar la curiosidad. Si con sus dedos toma un pañuelo bordado, un rico chal, ó un par de babuchas sobredoradas, al momento se acercan las turcas, hasta las de mas elevado rango; recorren cuidadosamente su *yashmak* (velo), y contemplan al comprador; nada mas curioso que las turcas, pues con minuciosa atencion examinan la fisonomia del extranjero; y si tal vez se quita este los guantes, ó saca la bolsa, lo cogen en sus manos al instante, sin curar siquiera de pedirle permiso; cuando no pasan sus diminutos dedos teñidos con *henna* por cima de la manga del frac, pasándose de la finura del paño; y si el extranjero lleva sortijas en los dedos ó pendientes en el reló, con la mejor gracia y sin el menor escrúpulo le alzan la mano y sacan el reló de su bolsillo. Muchas veces me ha sucedido lo que acabo de referir en el curso de mis caravanas.

Hallábame un dia en la calle de los pañuelos bordados (es preciso advertir que hay un bazar particular para cada especie de mercancías), y queriendo ver los mas ricos que allí hubiera,

pasar por bajo de unas puertas macizas que solo estan abiertas desde las siete de la mañana hasta el medio dia.

Allí está el corazon de Constantinopla, el alma y la ciudadela del islamismo. No se vende en él mas que armas y objetos de gran cuantía. Su techo es mas elevado, y su luz mas débil aun que en los demás bazares; y los mercaderes que ocupan aquel sitio, gozan un crédito antiguo y sólido. Por todas partes se ven sables damasquinos con sus empuñaduras llenas de piedras preciosas, y metidos en ricas vainas; magníficos puñales, escopetas embutidas de oro y plata; y con la vista recorriendo la sombría é inmensa galería que se pierde allá á lo lejos, se distingue una dilatada hilera de pardas venerables barbas que salen por debajo de sus nevados turbantes! Turcos del antiguo régimen, que no han querido someterse á las reformas de Mahamud, y para quienes fuera delito modificar en un solo ápice los antiguos trajes de Oriente. Allí estan los grandes aficionados al opio: los que hasta durmiendo fuman, y que no beberian una sola gota de vino, aunque se lo brindasen las huris del Eden. Allí estan tambien los fatalistas, que no se menearian, mas que encima de ellos se arrojara un leon; y que tienen tanta fé en el milagro del ataud de Mahoma, como en las delicias de su pipa y en la escelencia de su tabaco de Shiraz.

Largos y entretenidos ratos he pasado en el *Bezestein*, bañando mi imaginacion en su rico orientalismo. Nada hay mas

chales, armas, braserillos de incienso, ámbar sin mancha alguna para pipas, perlas, brazaletes del tiempo del sultan Selim, con otros objetos raros y preciosos. Al cerrarse las puertas del *Bezestein* se interrumpió nuestra agradable ocupacion; y el viejo venerable nos hizo entonces un saludo de despedida con bastante gracia para ser de un turco. Varias veces volví despues á aquel bazar, y nunca pasé por su tienda sin sacar la caja del tabaco, ni sin dar un par de chupadas en su pipa, cumplido á que no podia negarme; porque la pipa no sale jamás de la boca de un turco, sino es para ofrecerla á algun amigo.

Condújome otro dia mi compañero á un *khan* en un barrio retirado. Entramos por una puerta angosta, cerrada por dentro con una cortina, y nos encontramos en una magnífica y espaciosa pieza llena hasta el techo de telas cubiertas con aquel papel de seda tan delgado que solo en Oriente se fabrica. En esta casa fué preciso esperar que sirviesen el café á cuantos allí estábamos, antes que el viejo armenio quisiese desarrollar sus mercancías, y es fineza que no admite excusa. Por dicha nuestra el café turco es rico, y lo sirven en tazas casi tan chicas como un dedal de costura. Al cabo, colocando un enorme *calpak* en su afeitada cabeza, empezó el armenio á sacar sus ricas telas. Jamás habia visto reunidas tantas piezas de seda. Parecia aquello un arco iris por su brillantez y variedad de colores. Objetos habia dignos de figurar en el guarda-ropa de una



El Exámen, cuadro de J. P. Hasenchever, grabado en cobre por Janssen, y en madera por Kretschmar.

me dirigí á un judío de los muchos que por allí vagan en derredor de los extranjeros á fin de ganar con ellos algunos cuartos en calidad de intérpretes. Al instante se me enseñaron las mejores mercancías, hermosas todas por el brillo de su tinte y por la finura de su tejido. Eligiendo estaba un pañuelo, cuando bruscamente vino una mujer á sentarse á mi lado en el mostrador, y sus ojos negros y rasgados se fijaron inmóviles en los míos. Una sortija de turquesas, color favorito de las altas señoras turcas, fué lo primero que llamó su atencion. Cogíome de la mano; revolviola entre sus dedos suaves y regordetes, y en seguida la dejó caer sin decirme una sola palabra. Miré entonces á mi intérprete; pero este, acostumbrado á ello, no lo tuvo por lance singular; y yo haciéndome cruces volví á mi compra. No tardó mucho mi nueva y hermosa amiga en tirarme del brazo, y haciendo inclinarme hácia ella, con un rápido movimiento pasó su mano por mi mejilla mirándome con la mayor atencion. Aturdíme de la familiaridad de aquella señora, y pregunté á mi indio si queria ella algo de mí; y el intérprete me respondió entonces que la turca deseaba asegurarse sin duda de si llevaba colorete en mi cara, porque la lozanía de mi tez no era comun en Oriente.

En el centro del bazar está situado lo que llaman *Bezestein*. Para llegar á él, se baja por cuatro lados distintos; y es fuerza

singular que el noble desden con que aquellos viejos miran á un cristiano. Paseábame un dia con un viajero inglés que habia conocido en Italia, y un ropaje persa de singular belleza llamó la atencion de mi compañero. Iba al lado de este el *dragoman*, ó intérprete turco, y lo mandó ajustar. El musulman estaba fumando, y tanto caso hizo de nosotros como de las blancas nubes que se desarrollaban entre los pelos de sus barbas. Era tal su figura, que hubiera podido servir á Miguel Angelo para pintar á Moisés. Estaba flaco, pálido, sereno: su fisonomia y su pecho ofrecian la inmovilidad de una estatua; su cabeza la cubria un ancho turbante de antigua forma y usanza; su rizada barba canecia; su cuello estaba desnudo, y su elegante busto lo envolvía una cumplida capa. Confieso que nunca he visto figura mas majestuosa que la de aquel musulman. El ningun caso que de nosotros hacia, probaba que no éramos muy de su devocion. Saqué entonces del bolsillo mi caja de tabaco, y dirigiéndole la palabra con el título de *effendi*, puse la mano en mi pecho y le ofrecí una toma. Como el tabaco de polvo es allí un objeto de lujo, hundió sus tres dedos en mi caja, diciendo *pekké!* exclamacion turca que indica satisfaccion. Hízome entonces lugar á su lado sobre la alfombra, y descolgando el ropaje persa nos lo enseñó á nuestro gusto. Comprólo el inglés sin vacilar, y pasamos en seguida mas de una hora en registrar

reina: unos dorados, otros de gaza fina bordada de flores de plata. Todas las hojas del mas cumplido herbario, los mas singulares arabescos se reproducian en sus ricas bordaduras. Sus precios son módicos. En Oriente se vive barato. Un turco compra una hermosa esclava circasiana por cien pesos fuertes; pero sin ser turco, por tres duros se puede comprar una bata digna de un emperador. El armenio llevó su mano al corazon para manifestar que quedaba satisfecho de la venta, y salimos de su almacén.

Pasamos en seguida á la calle de los confiteros. Célebre es el Oriente por sus dulces y golosinas. Sobre todo el azúcar cande de todos los colores del arco iris, forma inmensas pilas en ambos lados de la calle. Creyérase allí uno en los tiempos de las mil y una noches. Yo compré un dulce que llaman los turcos *Paz á tu garganta* (en Oriente todo tiene nombres poéticos), y por una monedita me dieron tanto, que bastara para saciar al mas goloso. Hasta me aseguraron que las mujeres de Constantinopla no se alimentan mas que de golosinas: lo cierto es que comen mucho dulce. Las esposas y demás mujeres del sultan ocupan á quinientos cocineros, y consumen por dia *dos mil quinientas libras de azúcar*. Es probablemente el artículo mas costoso de la cocina del serrallo.

Otra de las curiosidades que no puede dejar de ver todo es-

tranjero en Constantinopla, son los *hobaubs* ú hosterías turcas. Yendo un día en busca de un algebe recién descubierto y llamado de las *Mil y una columnas*, nos hallamos al primer medio día frente á una célebre hostería situada cerca del mercado de los esclavos. Al principio me dió vergüenza de entrar allí; un hombre untado de grasa y en mangas de camisa, estaba á la puerta brindando á los pasantes un carnero colgado que con sus manos golpeaba. A medida que entraban iba cortando una lonja, la dividía en pequeñas tajadas, las enhebraba en una estacilla de hierro, y luego las asaba. Mi amigo, que otras veces había comido *kibaub* en Constantinopla, entró sin reparo en la hostería, y ambos engullimos una hermosa lonja de carnero. Los turcos se rien de nuestros pantalones estrechos, y nos llaman por apodo *piernas angostas*; pero á pesar de esto, nos sentamos cruzados de piernas, y confieso que el esquisito olor de aquel plato me hizo olvidar la repugnancia que al principio tenía.

A los cinco minutos nos presentaron un plato de estafío lleno de *kibaub* humeante, envuelto entre ensalada y pedazos de pan. El amigo cocinero, para mostrarse sin duda cariñoso con nosotros, al traérselo lo volvía y revolvió con su mano; pero prescindiendo de esto, es buen plato; y como en Turquía no se da cuchillo ni tenedor, así que me ví con los dedos grasientos eché el pecho al agua y comí con mas desahogo que mi mismo compañero. Los hombres de la clase media y los pobres en Constantinopla pasan la vida en las hosterías y cafés. Una ración de *kibaub* les basta para comer; y desde la mañana hasta la noche están bebiendo café que cuesta muy barato. Por nuestro plato, y sobraba comida para dos personas, pagamos doce cientos, que vienen á ser unos doce cuartos.

de llamar consiguientemente sobre su persona la atención del Sultan, á cuyo cetro sometió de nuevo la provincia de Kurdistan. En 1848 mantuvo la autoridad del Gran Señor en los principados del Danubio, y en 1851 sojuzgó con fuerzas muy inferiores á los grandes de la Bosnia, que en rebelion abierta se negaron á adherirse al Tansimat, ó sea la Constitución turca. Posteriormente debió haber salido á campaña contra los Montenegrinos; pero como se adelantó la intervencion austriaca, se hizo por fin innecesaria semejante expedicion. Al presente se halla Omer en Schumla al frente de un ejército de 100,000, hombres en donde despliega una actividad extraordinaria.

Omer-Bajá se halla ahora en la edad de cincuenta y dos años; es de estatura mediana, pero de una fisonomía y actividad sumamente espresiva y marcial; habla con la mayor facilidad el idioma serba, el alemán é italiano. Después de terminada la revolucion de Hungría se interesó muy de veras por los refugiados húngaros, y empleó no pocos en el servicio de la Puerta.

El cariño que disfruta en el ejército es extraordinario, á pesar de haberse emancipado en estos últimos tiempos bastante de los usos y costumbres turcas. Bébese en su mesa sin disimulo alguno toda clase de vinos y licores; no tiene Haren, departamento en que los sultanes, los principes del Oriente y todos los distinguidos musulmanes tienen guardadas á sus mujeres y concubinas, ni se le conoce otra muje sino una señora austriaca de Transilvania, que ha elegido por esposa. Habla con grande y particular predileccion de su primitiva patria el Austria, y aun se jacta de haber nacido en aquel país. En el trato es un Gentleman cumplido, es un ginete muy aventajado, y como guerrero no conoce jamás la fatiga y el desaliento.

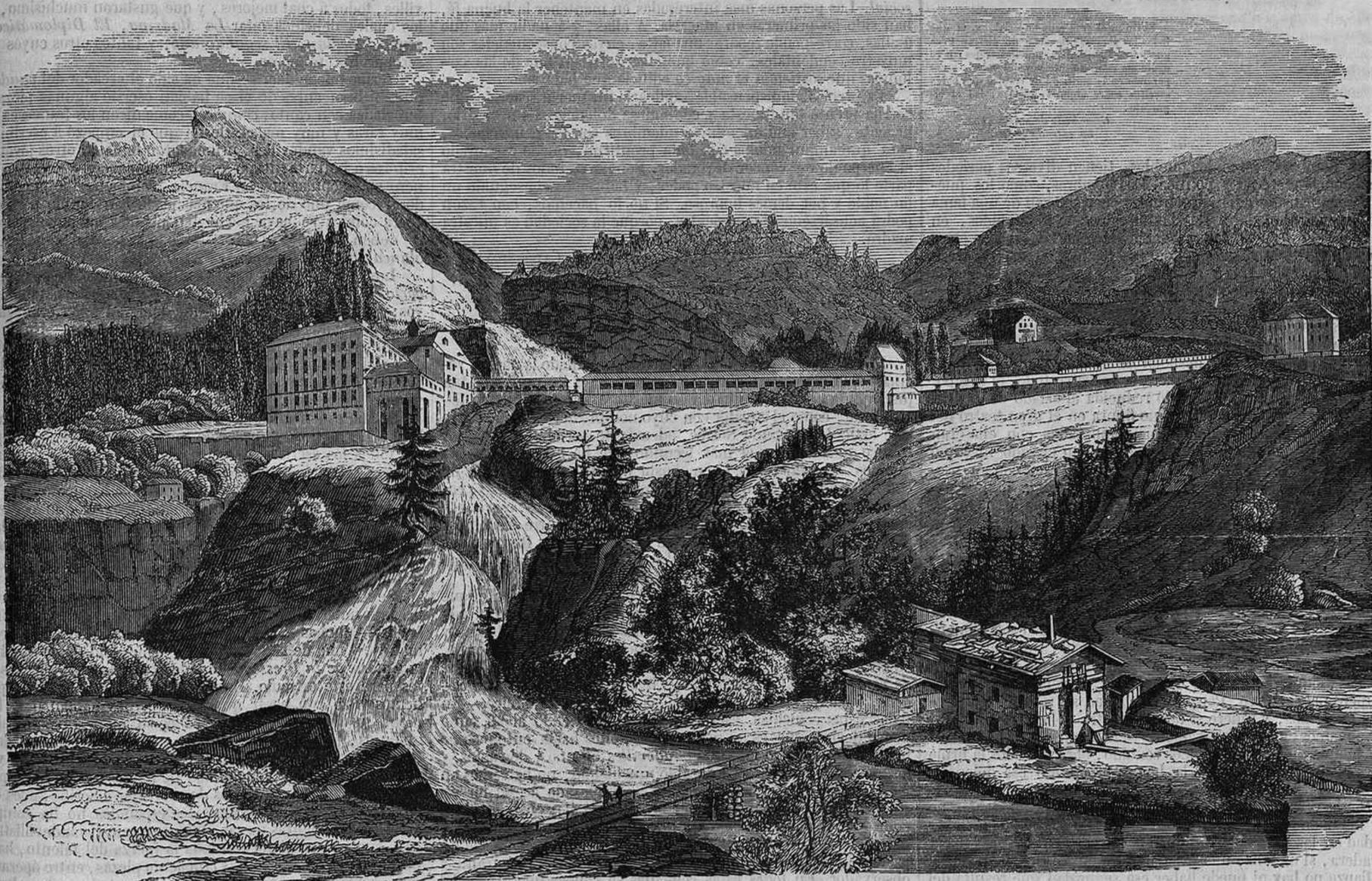
para proporcionarse fondos. El Tesoro nacional, á fin de atraerse los capitales, ha aumentado los intereses respectivos; el banco de Francia hace anticipos de numerario; los impuestos son recaudados con la mayor severidad y apremio; mas todas estas medidas no bastan, y será por lo tanto forzoso adherirse á un nuevo y considerable empréstito. Hasta el presente se huía siempre de este paso extremo, puesto que sin esto existen ya tantos motivos que afectan hondamente los negocios de los fondos públicos, infundiendo justos temores al mundo financiero y mercantil. Parece que las atenciones del Tesoro nacional han llegado á ser demasiado onerosas, y que no queda otro efugio sino á fuerza de grandes sacrificios para salir de una situación tan crítica, á la que se ve reducido en el día el imperio francés á pesar de los eminentes dotes administrativos del ministro Fould.

—No hace aun mucho quiso el gobierno portugués realizar en Inglaterra un empréstito de 45,000 libras esterlinas, dirigiéndose al efecto á la casa del banquero Baring y Compañía; mas esta en su negativa se espresó de la manera siguiente:

«Un país, que para tan corta cantidad se ve precisado á recurrir á un empréstito extranjero debe estar totalmente arruinado. Nos figurábamos que una suma tan mezquina habria podido negociarse en cualquier calle de Lisboa; mas vuestra proposicion nos convence que el erario portugués debe hallarse en un estado deplorabilísimo, y este convencimiento nos retrae de entrar en toda negociacion de esta clase para con ese país.»

—Un contraste asombroso para con la situacion financiera de estas dos naciones y la de casi todos los Estados de nuestro continente, nos suministra la siguiente curiosa noticia:

«El Gobierno de los Estados-Unidos se halla á pique de un



Vista de los baños de Gastein en Alemania.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE OMER-BAJÁ,

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO RUSO.

Omer-Bajá es de origen croata, y el pueblo de su naturaleza se llama Maski, ciudad cerca de Finme. El nombre de familia es Sattas, y su padre fué administrador de rentas del distrito, y su tío sacerdote de la iglesia griega. Estudió siendo aun jóven en Thurin, cerca Carlstadt, en la Transilvania, con mucho aprovechamiento las matemáticas, y entró después en el cuerpo de Ingenieros de caminos y canales organizado militarmente en Austria. En 1830 marchó á consecuencia de un cambio de palabras con sus superiores á la Turquía y abrazó el Islamismo. Chosreso-Bajá, que entonces fué Seraskier, ó sea el general en jefe, se declaró protector suyo, y le dió entrada en las filas del ejército regular, y aun le enlazó con su proahijada, una de las mas poderosas jóvenes de Constantinopla, hija de un jefe de Genizaros, á quien hizo decapitar por haber tomado parte en 1827 en la grande conjuración contra el Sultan Mahumud.

En 1834 se hallaba Lattas, que habia tomado el nombre de Omer, ya en la categoría de jefe de batallón, funcionando como ayudante é intérprete del general Chranowsky, á quien el Gran Señor habia confiado la organizacion é instruccion de su ejército. Este jefe superior sacó gran partido de los talentos de su ayudante para llevar á cabo su grande y difícil cometido. Los disturbios ocurridos en la Siria, y la revolucion albanesa en 1846, proporcionaronle un campo muy propicio para distinguirse, y

ECONOMIA POLITICA

Los síntomas de una crisis en el erario nacional francés son cada día mas inminentes y manifiestos. Los millones que fueron destinados para hacer mas acepto al pueblo el nuevo orden de cosas, no han producido el resultado propuesto. Las contribuciones directas del tesoro se han disminuido considerablemente en los últimos cinco meses, en los cuales se presentaron muy notables entorpecimientos en los negocios públicos. Las arcas del tesoro fueron entre tanto agotadas en términos que para verificar el pago del semestre último de la renta al 4%, por 100 vendido en setiembre último, fué preciso recurrir á los fondos del banco nacional.

El ejército continúa percibiendo sus haberes con puntualidad; pero no así los empresarios de las grandes obras nacionales, pues hace ya bastante tiempo que no cobran un cuarto, y cuando presentan sus reclamaciones, se les da el consuelo que para el año próximo venidero serán satisfechos.

Los empresarios y contratistas de los festejos del 15 de agosto tampoco han cobrado aun nada, y un número considerable de abastecedores del ejército y de la armada esperan en vano á que se les abone lo que se les debe, aunque no fuera mas que en parte. El Ministerio de la Guerra, segun se dice, se encuentra tan apurado para ir atendiendo á los gastos mas perentorios, que los intendentes de los departamentos han tenido que hacer extraordinarios anticipos, y en términos que las rentas de los últimos meses han quedado casi del todo agotadas. En tales circunstancias hace el Gobierno toda clase de esfuerzos

verdadero embarazo de riqueza. Ya al hacerse el balance de sus rentas en 29 de agosto último se presentó un excedente de 27 millones de dollars de numerario sonante á favor del Tesoro nacional, excedente que desde entonces ha llegado á subir á 30 millones de dollars (un dollar 20 reales y 20 maravedís vellon). ¿Qué se hará con tanto metálico?... El uno aconseja que se invierta para la total amortizacion de la deuda pública; el otro que se gaste en el establecimiento de nuevos caminos y ferro-carriles; un tercero lo quisiera ver empleado para la compra de la isla de Cuba, ó de algunas provincias limítrofes á Méjico; un cuarto finalmente desearia se destinase para la construcción de un camino de hierro que uniera el Atlántico con el Océano Pacífico de Nueva-York á San Francisco.

Los hombres que por acá en nuestro hemisferio manejan los fondos públicos, particularmente en España, sabrian á buen seguro salir bien pronto de tamaño embarazo...

INSTRUCCION PUBLICA.

En los Estados del imperio austriaco dedícase en el día un número mucho mas crecido de jóvenes á las carreras artísticas que no á las puramente científicas. Los agricultores mecánicos, químicos, arquitectos etc., hallan desde luego mas fácilmente una colocacion, que no los individuos de otras carreras. Como ejemplo puede citarse especialmente la Universidad de Gratz, en la cual contó la facultad de Jurisprudencia en 1850 todavia 400 estudiantes, en el año siguiente 280, y en 1852 bajó el número á 100.

La providencia dictada para que las matrículas en las universidades de Italia sean gratuitas, ha producido tan buen resultado, que la asistencia á la de Padua subió al número de 2000 estudiantes.

Cada año que pasa se van aumentando notablemente en Polonia los establecimientos de instrucción pública. Hace dos años había en todo el país 1561 escuelas públicas, á las cuales asistieron unos 83000 alumnos. La población de la Polonia ascendió por entonces á 4.810,735 almas; de manera que para cada 57 personas resultaba un individuo dedicado á los estudios, mientras que por ejemplo en Prusia se cuenta uno por cada siete personas.

Existen en la actualidad en Suiza hasta 40 establecimientos de instrucción agrícola con unos 800 alumnos. (La población total de la Suiza asciende á 11.397,000 almas.)

El número total de estudiantes teólogos ascendió en la temporada última en las universidades prusianas á 580 individuos, siendo la de Halle la que contó con mayor número. A pesar de esta disminución de estudiantes en la teología, se ve por la estadística respectiva que el número de curatos se ha aumentado notablemente. De 1828 á 1852 se han creado 284 curatos nuevos, y la mayor parte en las provincias de la Westfalia, en donde la confesión católica cuenta proporcionalmente con mayor número de almas. Escuelas nuevas han resultado mas numerosas en la provincia de Posen, á saber: 395 protestantes, y 305 católicas.

REFLEXIONES DE UN VIAJERO.

ARTÍCULO V.

Entré en el gran mundo social, y vi que todas las personas llevaban un disfraz. Pregunté qué significaban aquellos trajes, pero nadie me contestó. Me voy del salón, y reparando en la multitud de rótulos que había escritos sobre algunas puertas, leo el siguiente:

Gran baile de máscaras.
La entrada gratis.

Los hombres, como los pueblos, tienen diversos períodos de existencia material y política. Los hombres, como los pueblos, tienen sus décadas, durante las cuales gozan de una fama mas ó menos verdadera. Los hombres, como los pueblos, en fin, tocan un término improrrogable, la muerte. Unos y otros dejan de existir y nos transmiten sus hechos. Roma, la gran ciudad del mundo, la señora que dictaba leyes á cuanto abarca la tierra, tuvo durante su época de bonanza aquella gran preponderancia física y moral con que la dotaron sus famosos guerreros y sus célebres jurisperitos. Así vivió algun tiempo siendo la hermosa y respetada sultana del globo, hasta que vino á ajar sus bellezas y despojar de sus galas ese fantasma, cuya fuerza irresistible todo lo tala, lo destruye todo, el tiempo. Roma, la poderosa Roma, quedó reducida al estado de la última miseria, á la nada. Roma ya no figura en el gran teatro del mundo. Las demás naciones, que comparadas con ella eran pigmeos al lado de un poderoso gigante, han crecido mas que ella, la oscurecen con su sombra, y la acobardan con su presencia. Roma ya no existe. Sus recuerdos son los que únicamente viven, como no existen y vive la gloria de los Césares, Cicerones, Annibales y otros insignes varones, honra y prez de la patria que los vio nacer.

Los hombres mueren antes que las costumbres, que las leyes y que los pueblos.

La sociedad vive mientras tiene el alimento de sus buenas costumbres, sus prácticas y sus leyes. Pero su vida se aminora si individual y particularmente la falta alguno de estos alimentos. Una vez enferma por falta de recursos, su mal es incurable; y si fuera posible que los hombres la privaran de aquellos, siquiera fuese por un solo día, la veríamos bajar súbitamente al sepulcro. Porque la sociedad se robustece si nosotros queremos, y muere si tal es nuestra voluntad. Así pues, convengamos en que efectivamente se halla enferma; y admitido el principio que arriba dejamos sentado, obre en todos la firme convicción de que nosotros la hemos procurado esa dolencia. Veamos cual es.

Sin la verdadera confianza, que es hija de la buena fé, no hay ni puede haber ningun pacto social; no hay ni puede haber unidad en las personas, circunstancia indispensable para hacer llevadera, si no feliz, una existencia de pura transición. Sin la confianza no hay ni puede haber esa seguridad que resulta del trato celebrado entre hombre y hombre, entre familia y familia, entre nacion y nacion. Sin la verdadera confianza no hay ni puede haber en la magistratura leyes ni códigos que rijan y gobiernen sabiamente á los pueblos, cuya buena direccion le está encomendada. Sin una pura y verdadera confianza, ni existe, ni puede existir la honradez, ni se conoce ni puede conocerse la moralidad.

Si admitimos pues la idea de que la confianza es hija de la buena fé, debemos de procurar la inmediata conservacion de aquella, porque tal es nuestra obligacion; y con tanto mas motivo, cuanto que, como la confianza es una de las primeras y mas frondosas ramas del árbol social, si cortamos esta ó aquella sin distincion, su fruto se disminuye.

No pueden darse mayor satisfaccion ni mayores bienes que los que resultan de un tratado donde no se empleó para su cumplimiento otro instrumento público que la palabra empeñada por las partes contrayentes, desde el momento mismo que se propuso el compromiso. Ellos simbolizan la buena fé, porque para llevarlo á efecto no hubo presente otra cosa que la honradez de cada una, escrita con la probidad y sellada con la buena fé.

Pero en la actualidad ya no es así; porque cuando se trata de algun asunto de interés, lo primero que se hace es convenir en la estension de un documento que comprenda la obligacion de las dos partes, y el derecho que tiene la una sobre la otra cuando ha faltado á lo escrito. Tambien es requisito indispensable que cada otorgante estampe su firma de puño y letra (1) al pié del certificado que se acaba de estender. ¿Puede darse una cosa mas ridícula? ¿Qué significa todo ese aparato y esa astuta precaucion de las dos personas? ¿Tiene por objeto ulterior sujetar la palabra de los hombres? ¿Se cree que con él se

les recuerda la obligacion que tienen de no faltarse mutuamente? ¿Es acaso una seguridad para el porvenir? ¿Y en qué estriba esa seguridad, sepamos? Si los dos contrayentes se conocen, si este sabe la fortuna que aquel posee, si uno y otro estan convencidos de su intachable conducta, ¿para qué ese resguardo? ¿Qué supone ese contrato hecho por un funcionario público, ante testigos, previo juramento, algunas veces, y con su correspondiente fianza? Nada absolutamente, nada; porque sobran motivos á la maledicencia cuando quiere burlarse ó abusar de la buena fé. Así que, todas esas grandes seguridades pueden, si el hombre quiere, burlarse cuando y como guste. Además que ese tratado supone la violacion de un principio. Supone y envuelve el pensamiento y la mala fé de los otorgantes, porque desconfiando de ellos mismos, no tienen otro remedio para sujetarse, que hacer un instrumento que pruebe en lo presente y lo futuro que uno y otro se comprometieron á llevar á efecto una cosa, para cuyo fin lo autorizan con su firma.

Semejante práctica nos prueba una verdad terrible, y es que la confianza ha desaparecido completamente, con cuya idea estamos de acuerdo: así que, tenemos muy presente esta máxima: *Quien desconfía de sí, desconfía de los demás, y en esto consiste la prudencia.*

Véase pues cómo tenemos razon al decir que la sociedad está enferma, y que faltándola individual ó particularmente algun alimento, tendria que debilitarse. Es así que la confianza es uno de los tónicos que mas pueden nutrir, y sin embargo no se le administra por no hallarle en ningun país, luego la sociedad está padeciendo una dolencia. No puede ocultársenos tampoco que el mal viene de muy arriba, y que tan deplorable dolor tiene principalmente su origen en la cima del árbol social. Las personas mas interesadas en mantener la buena fé, han sido las primeras en atacarla. A ellas, y á nadie mas que á ellas, corresponde reparar una falta, cuyas consecuencias son muy trascendentales, como que ellas derriban una de las columnas que sostienen el mágico edificio que habitamos.

Es preciso, indispensable, aplicarla un fuerte reactivo que corrija pronto tan funesta y contagiosa dolencia. Es necesario, urgente, saber qué miembro ó miembros son los gangrenados, para que amputándolos con toda prontitud, quede asegurado el cuerpo de ese cáncer devorador. Pongamos todos de nuestra parte lo que esté en nuestro poder, y habremos conseguido un fin noble y por demás honroso. Si no lo hacemos, con razon podrá acusársenos de parricidas, porque la sociedad es nuestra madre.

GABRIEL FERNANDEZ DE CADÓRNIGA.

EUGENIO SCRIBE.

De cuantos escritores dramáticos ha producido la nacion vecina en el presente siglo y en los anteriores, ninguno es tan justamente célebre, tanto por su mérito como por su rara fecundidad, como el escritor con cuyo nombre hemos encabezado este artículo. Eugenio Scribe, además de ser el primer autor cómico moderno, es el mas fecundo que ha habido desde los tiempos de Calderon y Lope, hasta nuestros dias. Pasan de cuatrocientas sus composiciones dramáticas, entre dramas, comedias, piezas en un acto y óperas serias y cómicas, escritas la mayor parte en compañía de otros autores, entre los cuales debemos hacer particular mencion de Melesville y Bayard, dos dramáticos tambien muy fecundos, y por desgracia el último de ellos ha muerto en Francia hace un año.

Las obras de Scribe son quizá el mejor modelo para el que quiera dedicarse á escribir para el teatro, sobre todo en el género cómico. Después de las comedias de Alarcon, Molière y Moratin, creemos que no las hay mejores que las de Scribe, entre las cuales se hallan *La Calumnia*, *El Ambicioso*, *El arte de conspirar*, *El vaso de agua*, *Mentira y verdad*, *Una cadena*, y tantas otras tan conocidas por nuestro público.—En todas estas comedias, escritas por los años del 30 al 36 (que puede decirse que es su mejor época, pues hasta entonces no habia dado al teatro mas que vaudevilles en uno y dos actos, y después de esta época ha decaído muchísimo, no hablamos en fecundidad, sino en mérito, pues ha empezado á escribir en compañía de poetas indignos de asociarse á él); en todas estas comedias, decíamos, como la *Calumnia*, *El arte de conspirar*, etc., se ve un estudio concienzudo del corazón humano, de las pasiones y de los vicios de la sociedad, un talento penetrante y observador. En todas estas comedias se conoce que el fin del poeta ha sido otro mucho mas alto y mas noble que el de entretener al público: se ve deseo de corregir los vicios de nuestra sociedad, presentándolos tales como son en sí; pero siempre en lucha con las virtudes, para que el contraste sea mayor. Como un modelo de lo que decíamos, creemos que ninguno mejor que *La Calumnia*, que es á nuestro entender su mejor comedia. Aquí es donde se ve al poeta filósofo y pensador, corrector de las costumbres, y constante azote de los defectos y vicios de los hombres. Esta es la mision del escritor dramático, tal como lo han comprendido entre los franceses Molière y Scribe, y entre nosotros Alarcon, Moratin, Breton de los Herreros y Eguilaz. Verdad es tambien que este género de obras, que nosotros llamaríamos la *alta comedia*, es el mas difícil de todos; por eso son tan contados los que han conseguido ser notables en este género: y la Francia, entre tantos dramáticos como ha producido, sobre todo en este siglo, solo tiene uno que lo sea verdaderamente, pues los demás, con muy rara escepcion, son solo *vaudevillistas* y *dramaturgos*.

Las comedias de Scribe no son solo recomendables por el fin filosófico y el pensamiento moral que encierran, sino tambien por el plan, es decir, por la buena distribucion de actos y escenas, que tantos desconocen, por desgracia, y que es una de las principales cualidades que ha de tener toda obra dramática: tambien se recomiendan por los caracteres, por el lenguaje, y por tantas otras cualidades absolutamente indispensables para el que aspire á escribir un buen drama.—En fin, son el mejor modelo que pueden tener los que pretenden marchar con lucimiento por la difícil senda del teatro. Y creemos que no se puede ser buen autor dramático, sin conocer á fondo sus comedias; como no se puede ser buen novelista, sin saber de memoria el *Quijote*, y haber estudiado con detencion las novelas de Walter Scott, Fenimore Cooper y Fernan Caballero.

Vamos á dar á nuestros lectores una reseña biográfica de

Scribe, que, aunque breve, comprenda todo lo que debe saberse de este célebre escritor.—Nació Augusto Eugenio Scribe en París, el día 24 de diciembre de 1791, é hizo sus primeros estudios en el colegio Sainte Barbe, con gran aprovechamiento, pues todos los años fué premiado. Al frisar en los quince quedó huérfano de padre y madre, los cuales no le pudieron dejar sino un modesto patrimonio, que pronto le empleó en comprar un sustituto, pues tuvo la desgracia de caer soldado á los diez y ocho años. Desde que murieron sus padres, el jóven poeta tuvo por tutor á uno de los abogados mas distinguidos de París, Mr. Bonnet, el cual tomó á empeño que su pupilo siguiera la misma carrera; pero el jóven Scribe, que ya tenia la vocacion dramática, se ocupaba solamente en emborronar papel, mientras que estudiaba muy superficialmente el derecho.

Cuando apenas cumplia los veinte años, presentó un vaudeville en un acto al teatro del mismo nombre, que escribió en colaboracion de Mr. Germain Delavigne, su compañero de estudios, é intitulado *Dervis*, el cual fué silbado horrorosamente. Pero Scribe, que tenia una vocacion decidida para el arte dramático, no se desanimó con esta primera derrota, y en un año dió al mismo teatro otros cinco vaudevilles que tuvieron la misma suerte. Otro cualquier hombre que no tuviese la fuerza de voluntad del que con el tiempo habia de ser autor de *La Calumnia*, se hubiera desanimado con derrotas tan espantosas como las que sufrió en sus primeros pasos; pero muy al contrario, el novel escritor estudió con ahinco el gusto del público, y trabajó mas y mas hasta llegar á escribir un vaudeville que tuviera todas las condiciones necesarias para llegar á agradar á un juez tan respetable como el público.—El jóven Scribe logró al cabo de algun tiempo lo que tantas derrotas le habia costado, y en 1816 escribió, no uno, sino una serie de vaudevilles, todos á cual mejores, y que gustaron muchísimo, entre los cuales debemos citar *La Madrina*, *El Diplomático*, *Un paseo á Bedlan*, *El segundo año*, y tantos otros cuyos títulos seria prolijo enumerar.

Scribe puede decirse que ha sido el creador del *vaudeville*; pues si bien antes de él se habian escrito algunas piezas, intercaladas con canto, *complets*, como dicen los franceses, eran muy raras y muy malas. Desde que él empezó á escribir esos saladísimos vaudevilles, principiaron tambien otros jóvenes escritores á imitarle, hasta que ha venido á convertirse en el género mas popular hoy en Francia. Tambien se le puede considerar como uno de los que mas parte han tenido para que la ópera cómica se haya hecho tan popular en aquel país. A él se deben las mejores obras de este género, como *La Dama blanca*, *El Dominó negro*, *Fra Diavolo*, etc. etc.

Los libretos de las mejores obras de Mayerbeer, como *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, *El Profeta*, son tambien suyos; modelos en su género, que debieran tener en cuenta los poetas italianos al escribir sus insulsos libretos.—En fin, Eugenio Scribe ha cultivado con grande acierto todos los géneros de poesia dramática, excepto la tragedia. Los teatros del *Vaudeville*, *El Gimnasio*, *Varietades*, *la Ópera cómica*, el francés y la grande ópera, le deben sus mejores obras.

Scribe es sin disputa el escritor dramático mas popular de Francia. Querido y apreciado por todo el mundo, respetado por todos los escritores, es uno de los pocos que no han sido objeto de envidias y odios de sus compañeros. En 1836 fué nombrado individuo de la Real Academia Francesa, y el día de la recepcion leyó un magnífico discurso, al que contestó el sábio y profundo escritor Mr. Villemain, secretario de la misma. Posteriormente ha sido nombrado miembro de varias corporaciones literarias, individuo del comité de lectura del teatro francés, etc., etc.

Se han hecho varias ediciones de sus obras, siendo una de las mas notables la de París, 1836, edicion de lujo y con grabados.—Muchas biografias se han escrito de este célebre dramático, y una de las mejores que hemos leído es la que hay en la *Galerie de la Presse*, de donde hemos tomado algunos apuntes para este artículo. Hemos citado dicha biografía, porque hemos visto con pesar que los franceses hablan muy ligeramente de las cosas de España. Dice su autor, que no sabemos quién es, pues solo firma L. H.—«Lope de Vega y Calderon, que han comparado frecuentemente con nuestro célebre vaudevillista, por la enorme cantidad de piezas que han compuesto, estan sin embargo muy lejos de acercarse á Scribe, pues el mas fecundo de esos dos dramáticos españoles no ha compuesto arriba de trescientas piezas, mientras que el vaudevillista francés, que está en el día con toda la fuerza del talento, ha compuesto cerca de trescientas cincuenta piezas, entre óperas, dramas, comedias, vaudevilles y bailes; y todas estas obras han obtenido un gran éxito. La comparacion entre Calderon y Scribe es mas ventajosa para el autor francés, si se examina con un gran número de piezas de Calderon no son mas que *imbroglios*, etc. etc.»—¿De dónde saca dicho biógrafo que Lope de Vega y Calderon no han compuesto mas que trescientas comedias, cuando el primero de ellos ha escrito mas de mil ochocientas y no *imbroglios*, como dice el biógrafo francés con una credulidad que causa risa? Pero hay además que tener en cuenta que todas las comedias de Lope y Calderon, lo mismo que las de los dramáticos del siglo XVII, fueron escritas en verso, mientras que las de Scribe lo estan en prosa: las de Lope y Calderon todas en tres actos, mientras que las suyas constan solo de uno y dos; y por último, Lope y Calderon escribieron sus comedias sin colaboracion de nadie, esceptuando ocho ó diez, mientras que el autor francés, de cuatrocientas comedias no tiene seguramente cincuenta escritas por él solo.—De consiguiente no puede haber comparacion entre Lope de Vega y Scribe.—Sentimos que escritores de tanto talento y de tan buen criterio como son en la mayor parte los franceses incurran en semejantes errores.—Pero lo que puede que no sepa el biógrafo de la *Galerie de la Presse*, es que su comedia, el *Puff*, ó *mentira ó verdad*, no es ni mas ni menos que la del señor Breton de los Herreros titulada *Todo es farsa en este mundo*, vestida á la francesa, como vulgarmente se dice. Plácenos consignar esta verdad, que cualquiera puede conocer leyendo las dos comedias, para que se vea cómo tambien los franceses nos plagian alguna vez.

Nada de lo dicho quita á nuestros ojos un ápice del mérito y la fama que tienen sus obras.—¿Qué culpa tiene él de que á su biógrafo le dé la gana de decir lo que se le viene á las mientes?... Ya lo hemos dicho desde el principio, Scribe es el autor dramático mas fecundo que ha habido desde los tiempos de Calderon y Lope; pero de ninguna manera se le puede poner

(1) Esto de «puño y letra» es muy gracioso.

al nivel de estos dos genios colosales, que creemos no habrá jamás con quien poderlos comparar.

También ha cultivado Scribe la *novela*, habiendo escrito tres ó cuatro de indisputable mérito, pero que nunca podrán compararse con sus comedias. Creemos que hace muy bien en no cultivar este ramo de literatura, pues no llegaría á tener la celebridad que han adquirido Balzac, Soulié, Dumas, Sué, Victor Hugo, Sandau, Karr, Jorge Sand, y tantos otros como ha producido la Francia en el presente siglo.

Las comedias de Scribe son muy conocidas de nuestro público, pues la mayor parte están traducidas. Es lástima que estas traducciones no sean dignas de los originales.—¡ Esperamos con impaciencia que un joven muy modesto y de claro talento, cuyo nombre no podemos revelar por ahora, poco conocido del público, pero que estamos seguros que lo será mucho dentro de poco, lleve adelante un pensamiento que hace tiempo tiene, y es, hacer una traducción de sus mejores obras. Mucho nos alegraríamos que lo llevase á cabo, por muchos motivos, pero muy particularmente por Eugenio Scribe.

CARLOS DE OCHOA.

FABRICAS.

El fin y efecto constante de los progresos de la ciencia fabril son verdaderamente filantrópicos. Tiende esta ciencia á aliviar al jornalero de las prácticas minuciosas que agotan su espíritu y cansan su vista, y de los penosos y reiterados esfuerzos que contraen y hasta desgastan su cuerpo. Cada día se harán más evidentes sus ventajas para la humanidad, porque á cada instante se reproducen nuevas pruebas de esta verdad eterna.

Infinitos son los procedimientos que pueden emplearse para dar á una materia inerte movimientos periódicos y precisos, semejantes á los de los seres organizados por medio de la reciente invención del mecanismo automático; porque se compone de un extraordinario número y una infinita variedad de cuerdas, de garruchas, ruedas dentadas, clavos, tornillos, palanca, planos inclinados; y hacen obrar al mismo tiempo el aire, el agua, el fuego, etc. en un sin fin de combinaciones para que produzca el efecto que se desea.

El ingenio se ha ejercitado largo tiempo en semejantes combinaciones para enganar ó divertir al público sin objeto alguno de utilidad conocida. Siglos atrás fué célebre la estatua de Memnon porque daba armoniosos sonidos á la salida del sol; pero obraría probablemente por medio de tubos, cañones de órganos ocultos. El palomo volador de Architar era ya más decididamente un mecanismo automático, porque ejecutaba todos los movimientos de un animal; así como también la Androide de Alberto el Grande, la cual al llamar alguno, abría la puerta, y murmuraba ciertos sonidos como para hablar á la persona que por allí entraba. Las cabezas de bronce, ó bustos parleros del abate Mical, no eran sin duda otra cosa que un simple experimento acústico de la transmisión de los sonidos por medio de largos tubos, lo mismo que su *Hija invisible*. Mas recientemente aun, los famosos autómatas de Vaucanson, sus dos patos, su áspid y su asno trabajador, dejaron lleno de asombro al mundo entero.

Conocido es el autómata jugador de ajedrez del señor Maelzel que se dió al público el año de 1836 en Francia, y había recorrido antes toda la Inglaterra. Asombro causa el ver con cuánta perfección imita á un ser viviente, dotado de todos los recursos de la inteligencia para ejecutar las combinaciones de un estudio profundo.

El *Clavicordio* automático de Raisin no debe mirarse como parto de gran ingenio, porque tenía un niño encerrado en las entrañas del clave.

Invencciones automáticas como las que se llevan citadas, aunque admirables en sí como obras maestras de mecánica, en nada contribuyen á suplir las necesidades físicas de la sociedad. El hombre necesita diariamente alimento, fuego, vestimenta, abrigo. Debe por consiguiente consagrar todas sus facultades físicas é intelectuales, agotar todos los recursos de la naturaleza y del arte para proporcionárselo, y gozar lo más que pueda en esta vida. Pocas invenciones automáticas han sido susceptibles de aplicarse á la producción de alimentos ó á la erección de habitaciones domésticas; y sin embargo se han descubierto varios procedimientos ingeniosos, adaptables á los artículos de lujo. Precisamente para estos artículos se construyen en Inglaterra todos los días tantas máquinas más ó menos automáticas en las minas del carbon de tierra.

La lana, el lino, el cáñamo y la seda en todos tiempos se han elaborado en Europa; pero el algodón solo de unos sesenta años á esta parte se trabaja, como no sea en el Indostan y otros puntos del Asia, de donde trae su origen. Sin embargo, no se conoce una sustancia textil, tanto por la facilidad de su producción, cuanto por la simplicidad de su naturaleza, que compararse pueda á los filamentos del algodón, tan propios para artículos de lujo, y que reúnen lo agradable á lo útil, la conveniencia á la bondad, y que por fin se ha llevado ya á un grado regular de perfección. Esto explica el prodigioso aumento, en el corto espacio de una vida humana, de las fábricas de algodón, en toda su variedad infinita de tejidos y de géneros, lisos ó dibujados, y el modo con que han despertado los deseos y el celo industrial de los pueblos civilizados. En Inglaterra es donde ha recibido esta industria su mayor desarrollo automático. Bien que en Francia se ha cultivado también con esmero desde un siglo acá, aunque con procedimientos manuales, y ha recibido cuidadosa protección de parte del gobierno. Es un hecho notable, sin embargo, que en sus diferentes empresas no hayan podido los franceses establecer con buen éxito el sistema automático, antes que se hiciera en Inglaterra. Prueba clara de que la invención mecánica que dió tanto tiempo justa celebridad á la Francia, no bastaba por sí sola á dar grandes resultados fabriles.

Vaucanson, de cuyos autómatas hemos hablado ya, fué el genio inventor también de varias mecánicas manufactureras. Una construyó en 1749 para devanar la seda; otra en 1751 para doblarla; en 1757, una máquina para allanar ó alisar los tejidos; en 1758, un telar de tapices; otro en 1770, para devanar; y en 1776, un plano para construir molinos de seda. Dichas invenciones fueron de estimación y valía, puesto que la Academia de las Ciencias de París hizo mención de ellas para honra de su autor. En 1776 publicó también un tratado de un método indiano para tejer muselinas finas en estado de humedad.

En su rigurosa acepción, es bastante reciente el sistema automático, y de Inglaterra trae su origen. Los molinos para torcer la seda y organizarla, conocidos algunos siglos há en varios estados de Italia, y furtivamente importados en Inglaterra, en 1718, por Sir Tomás Lombe, encerraban, es verdad, ciertos elementos automáticos. Tal vez estos molinos sugirieran la idea de combinaciones mecánicas más vastas y complejas, que ayudado de algunos particulares de Derby, introdujo medio siglo después por vez primera en las fábricas de algodón el célebre Ricardo Arkwright.

Cuando sesenta años há se construyeron en Cromfor, en el valle romántico del Darwent, los primeros molinos de agua para la hilandería del algodón, nadie por cierto esperaba la gran revolución que este nuevo sistema de industria debía operar un día, no solo en el estado social de Inglaterra, sino también en los destinos del mundo entero. Solo Arkwright tuvo la sagacidad suficiente para poder asegurar los inmensos progresos que habían de nacer de la industria productiva, así que sus resultados dejasen de ser en proporción de los esfuerzos musculares, porque son naturalmente irregulares y caprichosos; y que al contrario existiesen en el arte de dirigir el trabajo de dedos y brazos mecánicos, movidos acompasadamente y con velocidad por algún poder físico infatigable. Lo que su entendimiento discernió, se lo hizo realizar su energía con un éxito y rapidez que hubiera hecho honor á un personaje; pero que se tuvo por maravilloso en este pobre y oscuro artesano. La principal dificultad no consistía tanto en la invención de un mecanismo automático, propio á estirar y torcer el algodón en un hilo continuado, cuanto en la distribución de los diferentes miembros de aquella máquina, para formar de ella un cuerpo cuyas partes obrasen todas de concierto, según el impulso dado á cada órgano, con la delicadeza y celeridad convenientes; y mas aun consistía la dificultad en la disciplina necesaria para hacer renunciar á los laborantes á sus hábitos irregulares en la faena, é identificarlos con la regularidad invariable del gran autómata. ¡ Empresa digna de un Hércules, y que completó un solo hombre, el inmortal Arkwright!

Mas de cien años hace ya que creó también Juan Wyatt, de Birmingham, una máquina hilandería que no necesitaba de las manos del jornalero; pero de ningun modo puede compararse con la grandiosa obra de Arkwright.

Antes de esta época en todas partes se mostraban las manufacturas débiles y flotantes en su desarrollo. Semejantes á las plantas de estación, florecían algunos días con exuberancia, y luego se marchitaban y perecían hasta en sus raíces. Desde entonces quedó permanente en Inglaterra, y atrajo torrentes de capitales que la fertilizaron. En 1770, el consumo anual de algodón en las fábricas inglesas se calculaba á menos de cuatro millones de libras de peso, y el de toda la cristiandad no subía de diez millones. En 1835, el consumo de la Gran Bretaña y de Irlanda subió á cerca de doscientos sesenta y dos millones de libras; y el de Europa y los Estados Unidos, por junto, ascendió á cuatrocientos ochenta millones, de los cuales pertenecían solo á Francia setenta millones de libras. Este prodigioso acrecentamiento se debe, á no dudarlo, al sistema automático establecido y desarrollado por el genio activo y emprendedor de Preston. Con este sistema se dió ya pues, no solo un agigantado paso hácia el progreso social del universo, sino que también imprimió en el pueblo que lo adopta con mas energía, una influencia superior á la de los países que le cercan. Este sistema, bien dirigido, puede llegar á ser para los pobres un beneficio inapreciable de la providencia, una gracia destinada á mitigar, á revocar en cierto modo la maldición primitiva que se lanzara sobre el trabajo del hombre: *comerás el pan bañado con el sudor de tu frente*; Arkwright, por consiguiente, merece ocupar un lugar honroso en el templo de la memoria, entre aquellos animosos varones que antiguamente hicieron abandonar á sus hermanos errantes la vida agreste y precaria, para entregarse al apacible y provechoso trabajo de la agricultura.

Con efecto, los últimos cincuenta años prueban hasta qué punto los capitales, la industria y las ciencias pueden aumentar los recursos de un estado, mejorando la suerte de la población. Tal es el sistema de las fábricas automáticas; fecundo en prodigios de mecánica y economía política, y que promete en su futuro desarrollo llegar á ser el gran instrumento de la civilización del globo terrestre, y dar á la Inglaterra, como alma del sistema, el poder mágico de derramar por medio de su comercio las luces de la ciencia á millones de individuos que gimen todavía en la región de las tinieblas y de la muerte. Cuando Adán Smith escribió su obra inmortal sobre los elementos de la economía política, apenas se conocía este sistema de industria, y estaba muy lejos de presumir por consiguiente que tantos beneficios trajera á la humanidad su principio de *division del trabajo*, por medio de una fuerza céntrica y motriz cual es la que tienen las máquinas automáticas.

Porque el gran principio del sistema es sustituir el arte mecánico al brazo del hombre, y reemplazar la division del trabajo entre los artesanos por el análisis de un procedimiento en sus principios constituyentes. Según el sistema de operación muscular, el brazo del hombre era regularmente el elemento más dispendioso de un producto cualquiera: *materiam superabat opus*; pero según el sistema automático, el talento del artesano queda suplido progresivamente por simples vigilantes de la mecánica.

COSTUMBRES INGLESAS.

LA BOLSA DE LONDRES.

Los concurrentes al *Stoch-Exchange* (Bolsa) de Londres se llaman osos y toros. El toro es el especulador á la alza, el oso es el especulador á la baja.

—Segun eso, tú te has dedicado á las especulaciones de bolsa.

—Soberbias especulaciones!

—Pero para jugar en la Bolsa se necesitan otras sumas que no tenemos nosotros.

—Te equivocas; con 500 ó 600 libras se puede comprar un millon; toda la dificultad está en encontrar 500 ó 600 libras esterlinas, que se depositan en poder de un banquero que se constituye su depositario. Pero para explicarte este misterio, debo hacerte unas cuantas preguntas. ¿Qué opinas del estado presente de la Inglaterra?

—Nada bueno; una deuda horrorosa que nunca podrá pagar su ministerio, que bien pronto se irá abajo...

—Pues en ese caso eres un oso.

—Te aseguro que no quiero ser tal cosa.

—Déjame acabar. Cuando digo que eres un oso, no quiero decir otra cosa sino que no tienes confianza en el gobierno. Pues bien: supongamos que yo pienso de distinto modo que tú, que veo blanco lo que tú ves negro, y que me prometo mil maravillas de la ciencia y saber de nuestros ministros. ¿Puede suceder esto?

—Sin duda, cuando se es sordo, ciego ó mentecato.

—Yo tengo pues señalado mi lugar entre los toros; así como tú te tienes entre los osos; como toro, tengo 500 ó 600 libras esterlinas en poder de un banquero, cuyas 500 ó 600 libras esterlinas son la clavija de la operación, y sin las cuales nada se haría.

En este estado nos plantamos una hermosa mañana en la Bolsa, cada cual con sus ideas, y encontramos los fondos públicos cotizados, por ejemplo á 81.

—Te compro 100,000 libras esterlinas á entregar en un mes al dicho tanto de 81.

—No te asuste lo crecido de esta suma, prosiguió mi amigo al ver que iba á interrumpirme; llegamos á la época de la entrega: si tus cálculos no salen fallidos y cae el ministerio, habrá una baja en los fondos públicos.

—Sin duda, supuesto que la subida y la baja de los fondos públicos dependen de la mayor ó menor garantía que ofrece el Estado.

—Supongamos que esta baja sea de diez chelines, y que lo que te he comprado á 81, solo esté ya á 80 $\frac{1}{2}$; en este caso tendrás á tu favor los diez chelines de la diferencia.

—Dices bien, y si yo pudiera entregarte la suma de 100,000 libras esterlinas contratadas, habria hecho un buen negocio.

—No te apesadumbres por eso; tú no necesitas entregarme esa suma, porque yo tampoco estoy en estado de tomártela, no teniendo en poder de mi banquero mas que 600 libras esterlinas.

—¿Y qué es lo que se hace en tal caso?

—Una cosa muy sencilla. El día señalado me dices tú: yo le he vendido á Vd. á 81 y en el día solo está á 80 $\frac{1}{2}$; diferencia á mi favor, diez chelines, que sumados doscientos y tantas veces consigo mismos, componen 600 y tantas libras esterlinas salvo error. Deme Vd. pues las 600 libras que tiene su banquero y aquí está mi recibo; entonces tú, oso, te quedas triunfante, y yo, toro, vencido. Por de contado que si tú hubieras errado el cálculo, y en lugar de una baja hubiera habido una alza de diez chelines, tú, oso, serías el vencido, y yo, toro, el vencedor. Estas son, amigo, las especulaciones que hago.

—Aventuradas son, le repliqué.

—Pues no me va mal; tengo buenas relaciones que están al corriente de todas las noticias; y con arreglo á ellas mido mis movimientos. Por último, si continuo como hasta aquí, espero que dentro de poco no necesitaré acudir al bolsillo de los usureros; porque en la Bolsa, prosiguió con cierto calor, se hacen las metamorfosis más extraordinarias; la lámpara maravillosa de Aladin y la poderosa varita de las magas valen una liga en su comparación; un minuto, un momento bastan para que el hombre más necesitado tenga trenes y palacios.

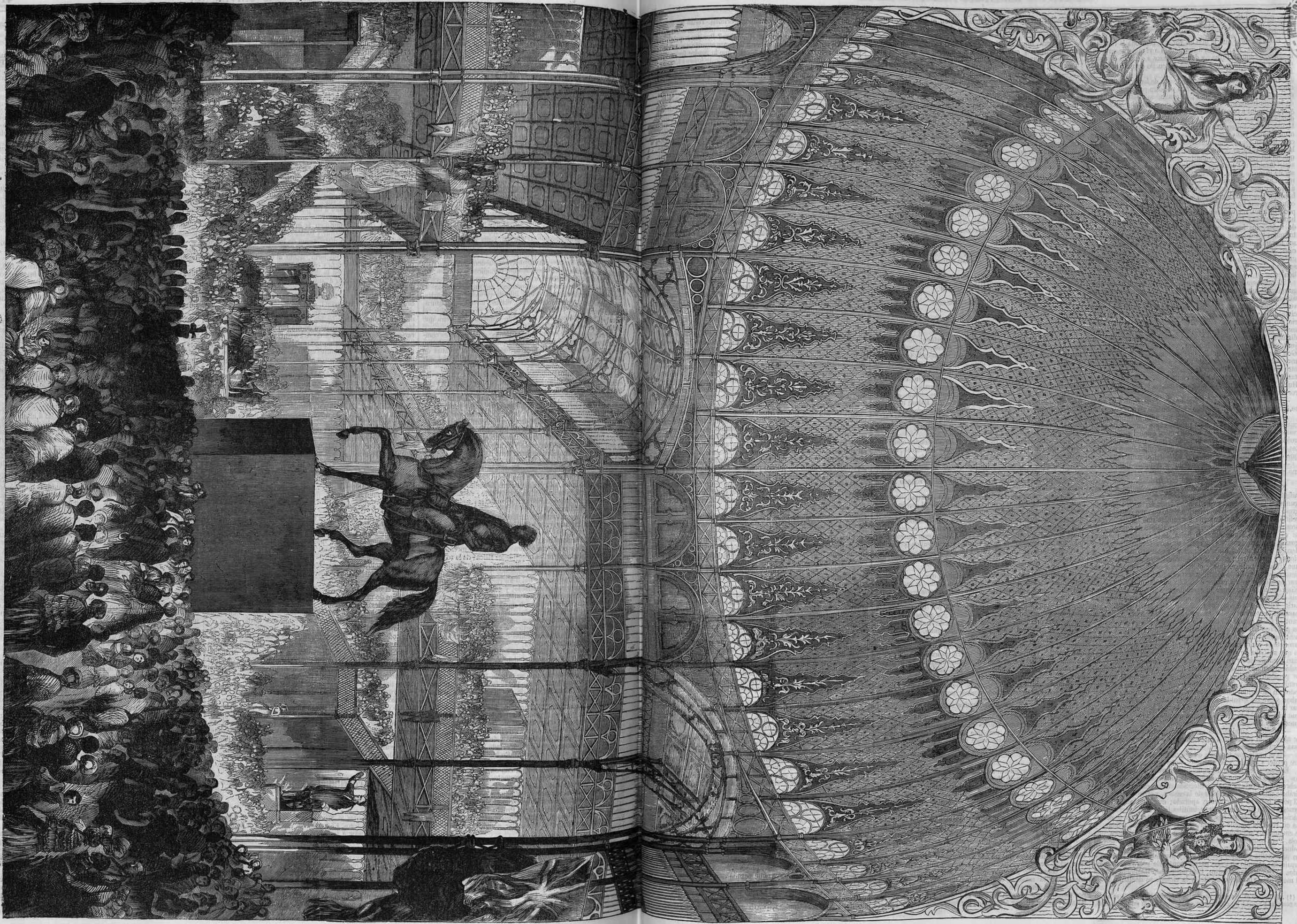
.....Al día siguiente nos encaminamos hácia el extremo oriental de Londres para dar principio á nuestras operaciones, y de calle en calle, de travesía en travesía y de pasadizo oscuro en pasadizo oscuro, dimos con nuestros cuerpos en la calle Threadneedle, donde está situada la Bolsa. Es esta un edificio lúgubre, rodeado de otros edificios negros y gigantescos que se asemejan á las paredes de una cárcel.

Después de atravesar muchas entradas y corredores, llegamos por último á un salon donde habia muchos corros de gentes esparcidos por aquí y acullá. En la fisonomía de las personas que allí se encontraban veíanse pintados un amor al oro y una gravedad que rasgaban el alma. Lo tuyo y lo mio, estos dos orígenes de todas las guerras, de todas las disputas y de todas las miserias humanas, aparecían en sus miradas, en sus facciones y hasta en su misma actitud. Algunos llevaban ricos vestidos y cadenas de oro; otros, al contrario, iban tan mal perjeñados, que parecían pobres de pedir limosna; no obstante, supe que estos últimos, cuya mayor parte eran israelitas, eran también los más ricos. Jaime, que tenía muchos conocidos entre los concurrentes al *Stoch-Exchange*, me presentó á muchos de ellos.

Estuvimos hablando un rato, y luego me puse á examinar con mas atención que antes los hombres y las cosas que me rodeaban. El día habia empezado con una bruma espesa, y á eso del mediodía era ya tanta la densidad de la niebla que fué preciso encender el gas. Esta luz brillante que hacia resaltar mucho mas la opaca oscuridad que reinaba fuera de aquel recinto, parecia reflejar en todas las caras, no sé qué aire siniestro que inspiraba terror. El lujo y la indigencia, la horrible miseria y la opulencia, parecían animar las cabezas de todos aquellos hombres. Unos se paseaban lentamente, teniendo la cabeza inclinada sobre el pecho, el aire sombrío y los ojos clavados en tierra; otros, retirados en un ángulo oscuro de la sala, hablaban en tono bajo y formando un murmullo que se oía en toda ella. Pero en breve se echó de ver cierta agitación en lo interior, oyéronse pasos en los corredores, y todos volvieron la vista al reloj: acercábase el instante crítico. El conserje atravesó lentamente la sala llevando en la mano una carraca, y se subió en un escaño que habia debajo del reloj. Allí, inmóvil y en esta disposición, esperó fijos los ojos en la hora á que el minutero se detuviese en las doce, é inmediatamente sonó con gran fuerza la carraca. El rechinchante sonido del instrumento se extendió por toda la sala, produciendo luego un efecto mágico en todos los concurrentes: deshicieron los corrillos como por encantamiento, los paseantes volvieron sobre sus pasos, y todos se dirigieron hácia el centro de la sala. Entonces vi una inmensa barahunda, una nube de manos que se levantaban en el aire, codos que se chocaban y daban unos con otros, cuerpos que se empujaban y cabezas que se movían cual las olas de un mar embravecido. De entre esta mole compacta salieron luego gritos penetrantes que decían á 81; 81, 50, 81, comprado, vendido. A 108, 50 los fondos franceses; compro, vendo.

—Verás, verás, me dijo O'Brien con viveza, ahora estamos solo al principio; esto se hace para establecer el precio de apertura, operación de poca importancia, porque generalmente influye en las fluctuaciones sucesivas de los fondos públicos.

—Pero, querido, aquí es preciso tener la fortaleza de un



Vista general interior del edificio de la Exposición Universal, en Nueva York.

buey para resistir tales asaltos. ¿No ves cómo me empujan, me traen y me llevan? Ya estoy molido y tengo todos los huesos quebrantados.

Estas palabras que le dije en voz alta con toda la fuerza de mis pulmones, no llegaron a sus oídos. Le ví meterse en lo mas apretado de aquella turba, y dando codazos á derecha é izquierda para abrirse paso, ir á colgarse del cuello de un *Broker* (1), á quien habló al oído.

Yo tenía seguramente muchos deseos de hacer fortuna, pero ninguno de ser espachurrado: como por otra parte tenía un apoderado con quien podía contar, determiné salirme cuanto antes de aquella tremolina. Lo conseguí, aunque no sin gran trabajo, y entonces fuí á colocarme en el alfeiz de una ventana, desde donde me puse á considerar á mis anchas aquel singular espectáculo. La confusion era grandísima: oíase una gritería como nunca había visto hasta entonces: empujábanse los cuerpos, centelleaban los ojos, arrugábanse las frentes de los unos, y dilatábanse las caras de los otros; pero esta alegría tenía un no sé qué de infernal que inspiraba terror. Acordéme en medio de aquel tumulto del anatema lanzado por los ingleses contra las casas de juego de París. Sé demasiado lo que estas son para hacerme su apologista; pero nunca había visto nada que se pareciera á aquello que tenía delante: todos parecían atacados de un tabardillo. Los vencedores reían á carcajadas, y descargaban sin compasion sus burlas y chanzas contra los vencidos. Estos respondían á su vez volviendo injuria por injuria; otros que estaban jadeando y tenían la vista fija y abatida, la cara inundada de sudor, los brazos colgando y el cuerpo inmóvil, pálidos, trémulos y sin poder respirar, salían de aquella turba de furiosos llevando impresos en sus facciones el dolor y la desesperacion, y se retiraban al rincón mas oscuro de la sala; pero los gritos atronadores de los toros y de los osos les hacían olvidar sus padecimientos, y volvían á atraerlos en medio de los combatientes.

El calor era sofocante, y la gritería iba en aumento. Preguntábame admirado si estaba viendo á aquellos ingleses tan ufanos de sus instituciones, y tan celosos de su gloria; si era verdad que estaba en Londres, en la bolsa, y entre un pueblo civilizado, y si el deseo de la ganancia podía producir tal delirio. No pude continuar mis reflexiones, porque en aquel momento llamó mi atencion un espectáculo de otra especie muy distinta. Era una tropa de cantores desapiadados que bailaban juntos en derredor de un hombre, y le obligaban á cantar el *God save the King*. El infeliz, que parecia no ser de complexion muy robusta, quiso descartarse; pero sus ruegos no produjeron otro efecto que aumentar las exigencias de sus verdugos. Cantará! Cantará! es menester que cante el *God save the King*! Hurra! hurra! Y en seguida empezaron los bailes con mas furor que nunca.

—Pero qué ha hecho ese pobre hombre? pregunté á uno que se había retirado al mismo hueco de la ventana en que yo estaba.

Aquel á quien hice esta pregunta me miró al principio con curiosidad, porque en las pocas palabras que acababa de decir conocí que no era yo de los concurrentes á aquel sitio. En seguida me respondió que aquel modo de hacer cantar á las gentes era un castigo que los hombres de bolsa imponían á aquellos que ofendían los usos recibidos, ó cometían alguna falta.

—Pero el infeliz, le dije, apenas puede respirar; mire Vd. cómo padece.

—Su falta es grave, me contestó con frialdad.

No me desanimó, sin embargo, la poca voluntad que manifestaba este hombre para responderme, y proseguí mis preguntas. Díjome entonces que la bolsa tenía leyes que era peligroso quebrantar. En comprobacion de lo que me contaba, me refirió la historia de un agente de cambio que habiendo comprometido con algunos hechos feos la reputacion de sus cofrades, se vió obligado á abandonar la bolsa. Este hombre, me dijo, gozaba una salud robusta, y era de un carácter firme; fué condenado á la ceremonia melománica de que acabo de hablar, y siempre que entraba en el *Stock-Exchange* se veía cercado de una tropa de músicos que le obligaban á cantar. Durante cierto tiempo sobrellevó esta mortificacion con paciencia; pero al entrar un día se puso á cantar espontáneamente el *God save the King* con ánimo de poner fin al suplicio, y habiendo mirado esto sus cólegas como una bravata, se obstinaron mas en atormentarle. Fuéron inútiles todas sus súplicas y las de sus amigos: pasaban las semanas y los meses enteros, y siempre tenía que cantar, hasta que se vió obligado á abandonar el campo, porque su pecho se había debilitado hasta el punto de que si hubiera continuado viniendo algunos días mas, habría perdido completamente la voz y vuéltese físico. Parecíamos tan extraordinario lo que acababa de oír, que no hubiera notado el ruido que hacían á mi alrededor, si el hombre que acababa de hablarme no hubiese llamado mi atencion hácia aquella parte. Todos reñían, se pegaban, se empujaban, pateaban y echaban al aire los sombreros. Osos y toros, los que ganaban y los que perdían, todos sin escepcion, tomaban parte en aquel infierno; los unos saltaban sobre las espaldas de sus vecinos; los otros hacían resonar la bóveda con sus cantos hurra! hurra! El tumulto era tal, que ni aun hubiera podido hacerse oír una de las grandes orquestas de Rossini.

—Caballero, ¿qué significa ese ruido, por qué dan esas voces de alegría, le pregunté á mi vecino, qué quieren decir todas esas extravagancias?

—Es el modo que tenemos de solazarnos; no se puede siempre perder y ganar, y es menester tener un rato de descanso.

Entonces, en medio de aquel furioso mar de cabezas y brazos, ví á O'Brien que se entretenía en perseguir á un infeliz hebreo, cuya cabeza estaba enterrada en una enorme capucha; tirábale unas veces del faldón de la casaca, y otras de la peluca. El pobre hombre parecia muy apurado; corríale por la frente gruesas gotas de sudor, y eran inútiles todos los esfuerzos que hacía para huir de su enemigo, porque la gente, que se divertía en verle de aquella manera, le cerraba todas las salidas, y le empujaba y arrojaba de una parte á otra como si fuera una bola. Pero ocurriósele repentinamente una idea, y fué coger su peluca, y agitándola en el aire empezó á dar golpes como con un palo arriba y abajo, por delante y por detrás y á derecha é izquierda, dejando en todas partes montes de polvo en los vestidos de cuantos le cercaban. Esta inesperada maniobra cambió al momento la faz del combate, y la victoria se declaró á favor

(1) El *Broker* es el agente de cambio por cuyo intermedio se hacen las compras y ventas. Su comision es de $\frac{1}{8}$ por 100 en estos mercados.

del judío, por cuya parte quedó también el campo de batalla, pues sus crueles enemigos huyeron desordenados en todas direcciones.

Y ahora, dije á O'Brien que se había refugiado en el hueco de mi ventana y que contemplaba compungido una gran mancha que la terrible peluca había dejado en su frac, ¿has escarmentado, dejarás en paz en adelante á este pobre judío?

—¡Maldito! exclamó, ¡qué idea de atacarnos con su peluca!

—Pero, querido Jaime, proseguí yo, este sitio es peor que un garito.

—¡Cállate infeliz! me respondió; no vuelvas á mentar semejante palabra. ¿No has visto á ese hombre á quien hacían cantar el *God save the King*? Pues has de saber que te harían cantar como á él.

—¿Y por qué?

—Porque las palabras garito, jugar, jugador, estan borradas del diccionario de la Bolsa. Aquí no se juega; solo se especula.

Entonces le pedí cuenta de sus operaciones. Según él decía, era un negocio lucrativo, y en un mes á mas tardar íbamos á arrastrar coche. No me engañaron tan pomposas promesas, porque la escena de que acababa de ser testigo, estaba todavía presente á mis ojos en toda su fealdad. Le pedí pues que me volviera mi dinero, si aun era tiempo; mas desgraciadamente habíamos dado nuestra palabra, y era menester esperar á que el tiempo resolviera el problema en que estábamos empeñados. Un hombre sensato y prudente, ó al menos un hombre que no hubiese querido aventurar todo, habría especulado sobre los fondos ingleses, los fondos franceses ó el empréstito romano, pues las fluctuaciones á que estan sujetos estos fondos, se hacen sentir generalmente muy poco, gracias á la estabilidad de que parecen gozar estos gobiernos; pero á O'Brien le pareció mucho mejor aventurarse en la deuda activa de España.

É PLURIBUS UNUM.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

Marta se encuentra apoyada en su ventana, destacándose su cabeza entre sus lindas macetas de flores, mirando á lo lejos al campo: á veces recorre de una sola ojeada todo lo que su vista alcanza; á veces solo mira por el jardín, que se extiende á los dos lados de la casa en que habita, y á veces se contenta mirando á sus flores ó levantando sus ojos al cielo. Y qué ojos tan bonitos tiene Marta! Y no son negros ni azules, porque yo creo que unos ojos pueden ser muy bonitos siendo garzos ó pardos, ó grises, y hasta dorados, pues que Balzac nos habla de una mujer muy bonita, á quien el color de sus ojos la hacía llamar la niña de los ojos de oro; de todos modos, lector, si estás enamorado, mira los de tu amada, y del mismo color que los suyos son los de Marta.

Pero pobres ojos bonitos de Marta! ¿á qué vendrá ahora cubrirlos con esa nube de lágrimas? ¿por qué ese llanto, cuando se tienen diez y ocho años? La edad poética, la edad soñada por todo corazón amante, y cantada por todos los poetas; porque verdaderamente, ¿qué edad hay mas encantadora que los diez y ocho años de una muchacha que no ha soñado aun ni amores, el mas poético de todos los sueños?

Para cualquier observador Marta amaba, porque llorar sin saber por qué á los diez y ocho años, viéndose al espejo bonita y teniendo jardín y flores, muchas ilusiones en el corazón, y muchos sueños de oro en la cabeza, es prueba inequívoca de que su pecho palpita de amor; y es cierto; y perdóneme la linda Marta si descubro sus afecciones. Marta está enamorada; mas aun, ha llegado ya en la escala á la segunda y terrible parte del amor, á los celos, á esa pasión villana

que al corazón purísimo se atreve.

Ya sabemos pues que Marta es bonita, que tiene celos, y que llora; por eso viene á la ventana; sin duda su cuarto está muy lleno de sus suspiros, y quiere buscar mas espacio para desahogar su tierno y poético corazón.

Ahora, puesto que hemos empezado por un nombre, es justo que digamos todo lo que acerca de esa persona debe saberse. Marta no tenía padre ni madre; esta había muerto al darla á luz, y aquel había seguido á la esposa, dejando á su tierno vástago al cuidado de un tío, con quien efectivamente vivía al empezarse esta historia; el tío era también viudo, con una hija de veinte años, quien quería mucho á Marta; pero ¿cómo no quererla, si era tan buena como hermosa? y hermosa acabamos de ver que lo era, como el mas poético de los sueños de amor.

Acerca de los sueños de amor, se me ocurre, lector, decirte que sueños poco, y sobre todo amores, porque la vida es sueño

y los sueños sueños son.

Ya sabemos todo lo que nos hace falta acerca de Marta; es jóven, bonita, huérfana, buena y amante; cualidades que rara vez se encuentran juntas, pero que cuando se hallan reunidas, hacen de la persona que las posee un ángel del cielo.

II.

Quien verdaderamente tenía una figura de ángel de cielo, era Rosalía, la prima de Marta; qué bonita! qué candorosa!

¿Has leído las baladas alemanas? has leído á Ossian? Si lo has leído, sabrás cómo era Rosalía; si no, yo te haré su retrato, porque no tiene una obligacion de saber alemán para ser un buen padre de familia y un honrado lector; para tener estas dos cualidades basta saber el Rípalda, las obligaciones del hombre, la Constitución de la monarquía española, y ser suscriptor del *Diario de Avisos*.

Rosalía era pálida como una azucena, esbelta como una palma, y rubia como las espigas; parecia uno de esos objetos delicados y preciosos que no nos atrevemos á tocar por temor de ajarlos; una de esas figuras de capricho que admiramos, y luego... como hay tan poco que andar de la admiracion á la adoracion, los amamos; con un alma tierna y sensible, á los veinte años, sin madre, con un padre anciano y bondadoso, y por consiguiente querida de todo el mundo, ¿qué muchacha no ama? porque llegar á esa edad sin haber amado, es come-

ter un crimen. Rosalía no cometía ese crimen. Todas las mujeres aman algo á los veinte años; y generalmente á esa edad, ¿quién poner su cariño sino en el hombre? Por eso, quien no tiene, ha tenido, ó está en visperas de tener amante á esa edad; para que esto no sucediera, era preciso que la madre fuera una fiera, un camaleón. Ay lector! disimúlame este *lapsus lingue*; borra del libro la palabra camaleón y deja la de fiera; si no, me van á poner en ridículo los que saben historia natural; por eso les pido perdón y les declaro que sé lo que es el camaleón, y que lo he puesto por poner algo: sé que no es tipo de fiera, y que no puede haber animal mas cándido que este pobre avechicho, que solo se mantiene del aire. El hombre está sujeto á la inflexion; hé aquí la disculpa de mi palabrita. En este momento, Rosalía está haciendo un ramo; recorre en todas direcciones las calles del jardín, verdadera mariposa, cogiendo las flores que mas le agradan, cuidando al mismo tiempo las que necesitan algun sosten ó riego, y embriagándose en el perfume delicioso de las que lleva en la mano. Quizá sea una ilusión mia, pero me parece al verla que vale mas que todas las flores de su jardín, y que las que tiene en la mano son mas hermosas que las otras, solo por tenerlas ella: de todos modos, nos consta que Rosalía tiene afición á las flores, que le gustan mucho, y que las coge y las admira. Me agrada á mí también ver una persona aficionada á flores; me da muy buena idea del individuo á quien las flores entusiasman; eso prueba su bondad de alma, cuando aun conserva ilusiones hácia esa lindísima creación de un Dios grande, inmenso; verdadera imagen de lo bello y de lo puro, hijas mimadas de la primavera, compañeras del hombre, á quien dan sus perfumes con un desinterés nada comun, y que sin duda han dado origen al dicho de que de todos los objetos de la creación, el hombre es el mas ingrato. Pobres flores! brillad siempre; no os estingais nunca, y hacer subir vuestro perfume á Dios, como el incienso de vuestra gratitud.

Pero ah! entusiasmado con las flores me olvidaba de Marta. Pobrecilla! la hemos dejado á la ventana suspirando; volvamos á ella, ya que su prima no necesita compañía, porque está con las flores de su jardín.

III.

Ahora me toca explicarte el por qué Marta suspiraba, y el por qué Rosalía iba todos los días al jardín. El amor, el amor, la gran pasión, la que domestica á los indomesticables, la que enfurece á los cándidos, la que dulcifica lo amargo y la que desespera al hombre en general. El resumen de todo en el mundo, y no te devanes los sesos, lector, porque desde Adán hasta tí, y hasta mí, todo es, ha sido y será amor: y si no, ¿á que te gusta tu vecina? ¿á que á tu vecina no le gustas tú? porque ama á otro. Es condicion humana no hallar lo que se busca; razon por la que el hombre se sofoca, se arruina y se muere amando, si, amando á los dos años la teta, á los ocho las pajaritas de papel, los caballos de carton, los soldados; y advierte, lector, que de los millones de habitantes que hay en España, no hay un individuo que no haya sido de niño general ó torero; á los quince polleamos, á los veinte, la mujer es lo que priva; y no te hagas el cándido, porque hablo por experiencia; las rubias me gustan porque son color de nácar, porque tienen pelo como oro, porque son bien formadas; las morenas, ¡ah! las morenas es mi fuerte! me gustan mucho las mujeres con ojos negros rasgados, con la cara de color de cobre; la mujer ardiente como los arenales de Africa, que como dice Víctor Hugo

Boudit rugissante d'amour.

Luego á los treinta años amas la calma, el dinero (algunos opinan que al dinero se le ama siempre): á esto te diré con Montaigne *¿que sais je?* á los cuarenta la familia, á los cincuenta las viandas, á los sesenta la iglesia.

Pues bien, lector, á pesar de que esto parece verdad, suele ser mentira; es verdad que en todo pasa lo mismo; para eso los sabios han dicho aquello de, no hay regla sin escepcion: eso mismo te digo, y entro en materia.

La persona por quien suspiraba Marta y por quien bajaba al jardín Rosalía, era un jóven que solía pasar por el jardín y que se dirigía por aquellos alrededores. Apenas le vieron las primas, le amaron: no te estrañe; el amor es un escopetazo que suele causar heridas muy profundas. Los griegos decían que disparaba flechas; esto en el siglo XIX es muy salvaje; la civilizacion le ha modificado y le ha dado escopeta inglesa de dos cañones y de piston.

El jóven, sin embargo, no se había enamorado de ninguna de las dos; amaba otra cosa: y aquí de mi teoría del amor; es imengable, todo ama; Dios ha hecho la union de los seres obra de un perfecto amor; es su principio eterno: amaos los unos á los otros.

Muchas veces le habían visto; y como veían tan pocos hombres y él era guapo, ¿qué extraño tiene que se prendáran de su belleza física? Así sucedía: Marta le amaba, y se veía desdeñada; Rosalía le amaba, y no la correspondía.

Las había mirado; eran bonitas, y sin embargo, nada las había dicho; á pesar de que ellas no lo creían, cada una se figuraba tener á la otra por rival.

A veces pensaban en alguna vecina; ¡oh! las vecinas son detestables; es una plaga terrible la vecindad; las vecinas saben á qué hora entran y sales; saben á quien haces el oso; saben si escribes, si comes, si duermes, si cantas, si ries, si lloras: por eso es feliz el que no tiene vecinos. Ellas no los tenían en la casa, pero sí á alguna distancia, detrás del bosque en que terminaba la casa de campo donde vivían, y de esas tenían celos, y celos terribles; deben ser muy malos los celos, así como una hidrofobia reconcentrada, puesto que en general á nadie se muerde mas que á sí mismo.

IV.

Pero ¡ah lector! mira, mira por dónde viene el jóven aquel que pasa bajo la calle de álamos, el que viene por la pradera; ese que corre, ese es; no creas que porque viene corriendo está loco; nada de eso; tú lo creerás, pero no... es un sabio; corre porque persigue á un lepidóptero; no lo ves ahora; esa mariposa verde con franjas negras que vuela delante de él es el objeto de su carrera; tropieza, pero sigue cada vez mas veloz:

¿cómo no si persigue nada menos que á la *phalena vitis*, la pirala de la vid que ha de enriquecer su coleccion?

Y ¡qué coleccion tiene!... son sus encantos: de noche sueña con las arañas que posee; las ve agitarse en su tela, bailar un baile desconocido y que nadie ha podido imitar ni aun el inventor de la schotisk y de la redowa; de día se recrea mirando sus coleópteros y sus neurópteros: estoy seguro que el día que se enamore será de algun insecto ríptero desconocido en los anales de la ciencia, y cuyo encuentro creará él deber á la hada que le protege en sus escursiones.

Pobre hombre! A ese sí que le conviene lo que dice el autor de las Orientales

Oh jeune homme inutile...

Sí, inútil, completamente inútil para el amor, porque amar insectos no es amar; por mas que sea una pasión, ¿quién le habia de impresionar, embebido como está en la ciencia? Nuevo Fausto entomólogo, solo será feliz el día en que como Minerva pueda convertir á su querida en araña.

Al fin cogió la mariposa: las primas no le han visto hasta que se sentó á mirarla; se han regocijado porque está en su mismo jardín; no ven lo que tiene entre sus manos: si lo vieran, le odiarian.

Pero esa pícaro casualidad que se empeña en fastidiarnos, esta vez las habia protegido, y solo le habian visto tranquilo reposando, si no bajo sus laureles, porque es adorno que no es de moda, al menos bajo su sombrero de fieltro.

V.

Rosalía era quien mas prendada estaba de él, y él se lo merecía, porque era buen mozo; por eso bajaba al jardín á ver si lograba animarle y que la dijera algo; sí, lector, Rosalía, la candorosa, la rubita heroína de mi historia, la que menos te podías tú pensar, porque te la he pintado rubia, pálida y muy tímida, como una mosca muerta; pues esas son las peores; ya sabes el refrán «del agua mansa no libre Dios, etc.»; pero yo lo amplifico y digo: de todas las aguas nos libre; y créeme, lector, por fiarse en el refrán se ahogó Leandro al ir á ver á Hero: ¿cómo se habia él de figurar que se iba á ahogar, si el mar estaba muy bravo! Lo contrario del refrán: por eso, lector, evita el peligro y acuérdate de que el mejor refrán es no fiarse de refranes. El jóven habia mirado á Rosalía y no la habia dicho nada, y Rosalía seguía pretendiendo enamorarle. Hubo momentos en que creyó que sería el amante de su prima; pero era imposible, porque ella le veía venir; no hablaba con nadie, pasaba de largo, y solo solía coger alguna que otra flor y ciertas cosas del suelo que ella no podía distinguir.

Era primavera, y el jóven venia casi todos los días á la misma hora; esto la hacia pensar en un rival: pasaba un mal rato; pero al poco tiempo se consolaba, puesto que unos días iba por un lado y otros por otro.

Rosalía se determinó comunicarle á su prima lo que ocurría y ver si podían averiguar algo.

VI.

Ay! ay! ¡quién pudiera detenerlas en lo que van á hacer! ¡Pobres muchachas! van á recibir el desengaño mas terrible del mundo; van á desvanecerse sus esperanzas como el humo, y van á odiar al jóven!

Ya se encaminan al bosque; él lleva esa direccion; se para, se paran... se sienta... se sientan.

Quién fuera Victor Hugo, para poder abusar del punto suspensivo y tener en suspenso el ánimo de mis lectores; el punto suspensivo es una gran cosa: el que lo inventó, salvó la literatura del siglo XIX; el interés crece en proporcion de los puntos suspensivos: si yo supiera quién lo inventó, le haria un soneto suspensivo, suspendiéndole en las nubes para que la humanidad entera le leyera y se quedara suspensa.

Se sentó, y se sentaron; sacó él una planta de un libro, un lente grande del bolsillo, un album y un lápiz. La iba á dibujar. Marta miró á Rosalía; Marta estaba entusiasmada: aquel hombre era un amante de la naturaleza; iria á dibujarla; era pintor, era artista. Gran cosa; los artistas, comprendiendo en esta palabra desde los discípulos de Rafael y Fidias, hasta el afilador de navajas, cuchillos y tijeras, desde Miguel Angel, autor de la cúpula de San Pedro, hasta el zapatero de mi portal, que tambien construye con reglas de arte, si no cúpulas de San Pedro, al menos zapatos, botas, borceguies y demás variedades del género calzado.

Pero ¿por qué se rie Rosalía? ¿por qué Marta la mira y se rie tambien? Porque ¡oh cielos! aquel hombre no es artista; aquel hombre, después de haber sacado y examinado la flor, y de haber apuntado en el album, ha sacado una caja, y de esa caja tres escarabajos, y los ha mirado entusiasmado y ha dado un grito al contemplar uno á quien ha llamado en alta voz *Rhipiphorus bimaculatus*.

Razon tenian para reirse; hacian muy bien al volver del bosque las dos primas en burlarse de aquel hombre; debía ser ridículo; ya no podia ser bello y elegante; merecía el desprecio de las mujeres.

Apartemos nosotros la vista de ese ser; no le mires mas, lector: un jóven que prefiere los escarabajos á la mujer! de ese hombre, de ese, *libera nos domine*.

Julio, 1853.

A. BONNAT.

LAS NOTABILIDADES.

La vanidad es, á no dudarlo, la pasión mas honda del corazón humano; se desarrolla con la infancia, é intenta traspasar los límites de la muerte; perpetúa las desigualdades sociales hasta en la morada de los que ya no son, y ha impulsado siempre al hombre á buscar la celebridad por cuantos medios han estado á su alcance. Pero esta hermosa pasión, que ha convertido tantas veces la tierra en un lago de sangre, que ha inventado los títulos y las jerarquías, que mueve al pavo real á desplegar su vistosa cola, á caracolear al caballo enjaezado, y al hombre á cubrirse el pecho de cintajos y á no contestar á los saludos de sus semejantes, ha llegado á ser la pasión dominante de nuestra buena sociedad: nunca las gentes se han resistido mas tenazmente á convencerse de que es muy raro poseer un gran talento y un corazón elevado; que la mayor parte nacen honradas medianías; que las puertas de la inmortalidad se abren

solo á los verdaderamente grandes, y que aunque nada mas fácil que vestirse como los grandes hombres, andar como ellos, reproducirse del mismo modo y hasta tener su misma estatura, nada mas difícil tampoco que ejecutar sus grandes hechos y escribir obras inmortales, aunque todo el mundo tenga la cabeza colocada sobre los hombros y el corazón puesto en su lugar. Y sin embargo, esta tendencia del hombre á descollar entre sus hermanos, este achaque eterno de la humanidad, se ha desarrollado entre nosotros de una manera espantable de algunos años á esta parte: nada mas raro ya que encontrar un niño que no se crie para genio: las calles están obstruidas por los grandes hombres, y toda la península hierve en notabilidades. ¿Pero de dónde este contagioso afán de ser famosos, esta pueril ambición que contamina hoy todas las clases de la sociedad? ¿Será que nuestras eminencias sociales carezcan de verdadera grandeza, y que su pequeña talla haya despertado hasta en los mas enanos el deseo de medirse con ellas? ¿Es que careciendo de hombres verdaderamente grandes... Sea lo que quiera, cortemos el hilo de nuestras reflexiones y bosquejemos alegremente la grotesca fisonomía de esa muchedumbre de notabilidades que ha puesto la grandeza y la celebridad al alcance de los lacayos y de las ramerías. Jorge, es una notabilidad: diez años hace que vive con un fausto de príncipe, contrayendo deudas sobre deudas y haciendo perecer en la indigencia las familias de sus acreedores. Es imposible engañar con mas ingenio: ¡qué hombre! Ayer falsificó con tanta gracia y oportunidad una letra de cambio, que después de contener con ella la turba insolente de sus proveedores, le sacó á uno de ellos dos mil duros mas con el precioso documento. Es lástima que un hombre como él tenga que marcharse al extranjero por no encontrar ya quien le preste un real. En este país no pueden vivir los hombres de su talento: los acreedores favorecidos por la justicia se atreven á pedirle á uno lo que le han prestado. Por allí viene Luis; no conozco un hombre mas digno de admiración: su vida es una verdadera novela; ¿pero qué mucho, si él es todo un carácter? Todas las mujeres se enamoran de él: es el espanto de los padres y de los maridos. Pocos hombres han sabido aprovecharse mejor de la hermosa presencia y del fino talento con que le ha dotado la naturaleza: su historia íntima es un tejido de escenas sangrientas y graciosas. Ve una mujer bella, jóven ó rica, y se decide con alma y vida á conquistarla: si no lo logra, la deshonra por medio de la calumnia ó de las apariencias: si triunfa de su virtud, la entrega á la miseria ó á la desesperacion después de esplotar su amor, sus riquezas y sus influencias en provecho de su lujo y de su celebridad. Entre otras muchas, dos de sus aventuras son graciosísimas; necesitando una vez romper los lazos que le unian con una mujer casada á quien habia empobrecido, pero cuya deshonra permanecía oculta, la dió una cita: escribió en seguida una carta á su marido, y cuando la infiel esposa se arrastraba á los pies de su seductor, llama á la puerta de la habitacion el engañado esposo: Luis huye por un balcon y abandona su víctima indefensa al furor del burlado marido. Fué aquel un lance que hizo reir mucho á todos sus amigos. Una jóven habia resistido todos los ataques de su obstinada seducción, porque estaba enamorada de otro: habiase cruzado una apuesta sobre la virtud de aquella mujer, y Luis debía quedar con honor: la hermosa recibe una carta de su verdadero amante que, atravesado de una estocada, quiere verla antes de morir: Zelia huye de la casa paterna; vuela á la del amigo donde debía hallarse su adorado Fernando: una criada la conduce á una habitacion secreta, y Luis entra á poco seguido de varios camaradas con copas y luces en la mano. Vamos, decididamente nuestro Luis es toda una notabilidad. ¿Quién es aquel hombre gordo que tiene el pecho cubierto de condecoraciones, el rostro cecijunto, el andar pausado, la mirada despreciativa y el hablar monosilabo? ¡Ah! es D. Serapio; es una notabilidad política! Es un personaje verdaderamente respetable: jamás ha pronunciado un discurso en las Cámaras: nunca ha hecho la oposicion á ningun gobierno: no ha escrito nada; no ha prestado ningun servicio importante; pero tiene una incapacidad tan perfecta y una facilidad tal de doblegarse á la voluntad de los demás, que únicamente á estas dotes y á su encofetada figura, ha debido el sentarse dos veces en la poltrona ministerial. Con él viene el celeberrimo D. Blas; ese sí que ha llegado insensiblemente á la inmortalidad. Empezó su carrera de periodista haciendo una oposicion tan enconada al ministerio, que se vió obligado á sacarle diputado de la mayoría: D. Blas sabe hablar de corrido con tanta insolencia como falta de talento y de instruccion: el ministerio que le habia colmado de honores y riquezas cayó en su última crisis, y era necesario que D. Blas le mostrase su agradecimiento: pronuncia un discurso furibundo contra los ministros agonizantes, y la oposicion recibe con los brazos abiertos al valiente apóstata. D. Blas entra á formar parte del nuevo gabinete que habia nacido para vivir muy poco: conócelo nuestro hombre, presenta su dimision antes de que estalle la crisis, y vuelve á rehabilitarse en la opinion pública. D. Blas ensayando desde entonces su sistema, ha convertido su frac en un cuadro heráldico: desarrolla sus planes económicos con sus inmensas rentas, y fabrica el pedestal de su gloria con los vítores de sus numerosos amigos. Los hombres de talento se rien de D. Blas; los hombres honrados le desprecian; pero cuando él abre sus salones acuden en tropel las gentes mas famosas de la corte. ¿Qué es esto? Hablando con nuestras dos celebridades viene tambien una de nuestras notabilidades literarias: es D. Antolin, ese escritor famoso que ha dado tantas obras á la estampa. ¡Qué talento el de D. Antolin! Nadie ha sabido sacar tanto provecho como él del estudio de los idiomas extranjeros: D. Antolin ha llegado á poseer el arte de escribir como no lo poseyeron antiguos ni modernos: él traduce los pensamientos, traduce los argumentos, traduce el estilo, las palabras, y sin embargo, todas sus obras son originales. D. Antolin es además un hombre completo: solo le falta una cosa que no ha querido traducir de ninguna parte, la vergüenza. Pero ¿quién no conoce al famoso Ricardo, ese pálido y melencólico jóven, que tiene el corazón tan gastado como su traje, el rostro de suicida y el hablar necio y melancólico? Ese no es un literato, ni un político, ni un hombre, es un genio. Sus padres, creyéndole formado como todos los humanos, le dieron una carrera y él la abandonó: sus amigos le socorrieron en los días de desgracia, y él les pagó con la ingratitude y el desprecio: viéndose entonces abandonado de todos, miserable, roto, ignorante, sin un oficio, sin ingenio, sin mas recurso ya que su vanidad y sus melenas, no pudiéndose dedicar á nada, se metió á genio. ¡Qué injusta es la socie-

dad con ese grande hombre! No comprende sus colosales pensamientos, únicamente porque no se los ha revelado á nadie: escribió una comedia, y todo el mundo corrió á silbarla solo porque era mala. ¡Pícaro sociedad! ¿por qué no crees en ese genio? ¿Es porque no ha escrito nada? Los genios no necesitan escribir: ¿es acaso porque desprecia á Calderon sin leerle, y no le satisface Cervantes á quien ha leído? Los genios lo desprecian todo; los genios no son como los demás hombres; son únicamente genios. Además de la turba inmensa de nuestras notabilidades cuyos retratos no podríamos acabar nunca, ha producido hoy la manía de la fama otro linaje de celebridades de mas baja esfera, que son las especialidades. La especialidad es una inmortalidad de segundo orden que nuestra sociedad ha puesto al alcance de todas las gentes. Como todo hombre ha nacido para ser famoso, el que no puede hacerse notabilidad, se hace especialidad, y ya tiene además de su apellido otra cosa que dejar á sus herederos. El número de los hombres notables es inmenso; pero el de los especiales es infinito. Juan es una especialidad para ponerse los guantes; Pedro, para dejarse deshonrar de su mujer; Antonio, para hacer zapatos; D. Cosme, para votar siempre con el gobierno; Joaquin es famoso por su falta de educacion; nadie sabe quedar tan mal como él en todas partes; es una especialidad. D. Manuel ha hecho su carrera á fuerza de amabilidad; tiene la boca desgastada de tanto sonreír; es una especialidad para lamer las plantas de los poderosos. ¿Quién no es especialidad para algo en este país de especialidades? ¿Pero que es esto? ¿Qué amor es este tan desenfadado que se ha desarrollado hoy por la celebridad de los apellidos, por esas cuatro ó cinco sílabas que hemos heredado de nuestros padres? ¡Notabilidades y celebridades! ¿ignorais que la mayor parte habeis nacido para vivir confundidas con esa muchedumbre de honradas gentes que usan solamente su cabeza para ponerse y quitarse el sombrero? ¿A qué esta comezon de inmortalidad? El que no pueda creer en la inmortalidad de sus hechos, que crea en la inmortalidad de su alma. ¡Todo es creer! Dichoso el que en épocas como la presente logra andar por todas partes sin ser señalado por el dedo de la opinion como hombre notable!

M. ORTIZ DE PINEDO.

MI PRIMER VUELO A LA CORTE,

6

AVENTURAS DE UN POLLO DE ALDEA.

NOVELA

POR DON FIDEL GARCIA LOMAS.

DE CÓMO EL NARRADOR DE ESTA HISTORIA HACE ALGUNAS PREVENCIÓNES INDISPENSABLES, Á QUE PUDIERA DARSE EL NOMBRE DE PRÓLOGO POSTIZO.

Pasaba (yo el narrador) por una de las calles mas concurridas de esta capital, sin determinado objeto, pero muy distraído, mirando á todas partes sin ver bien nada; tropezando con muchos, en quienes no me fijaba hasta después de haberlos tropezado, y pensando en muchas cosas y en ninguna. Iba en fin como va todo el que sale de casa á esparcir el ánimo, y que tiene la ocurrencia de pasar por la calle de la Montera, supongamos, á las diez de la mañana, en un hermoso día de octubre; por la calle de la Montera, cuya situacion la hace ser una de las mas concurridas de Madrid en todo tiempo y á todas horas. No será esto una novedad para tí, caro lector; pero, amigo, no todo ha de ser nuevo: y vamos adelante.

Acababa pues de recibir el sétimo tropezon, mas sensible en verdad que los anteriores, no tanto por ser el último, cuanto por haberme venido de buena mano; digo, de buena cuba, porque efectivamente habíame dado un aguador con esta su parte integrante; y acababa de detenerme, porque soy curioso en demasia, aumentando con mi unidad un corrillo formado en derredor de una mesa llena de botes y trapos—mostrador ambulante de un quita-manchas perorador, con olores de francés—cuando siento un golpecito de amigo en la espalda. Vuélvome, y me encuentro cara á cara y en los brazos de un paisano y amigo de la infancia.

—¿Tú por aquí, Antonio? ¿Y cómo, cómo te va? le dije.

—Ni mal ni bien, contestó.

—¿Qué! ¿no te gusta Madrid?

—De todo tiene, dijo mi amigo.

—Hablas como hombre que lo conoce ya; y supongo que no habrás tenido tiempo bastante para ver una sola de sus cien mil y mas maravillas.

—Te equivocas, que alguna y algunas he visto.

—¿Tan pronto? le repliqué.

—Hace siete meses que he venido: y hé ahí que acabo de conocer otra, pues en tanto tiempo no he logrado verte.

—Ni á tí yo: tienes razon. Vamos, cuéntame algo: con formalidad, ¿qué te parece de esto? ¿Qué has hecho en ese tiempo? ¿En qué te ocupas? ¿Marcharás luego, ó...

—Poco á poco, replicó Antonio. No me preguntes tantas cosas á la vez. Por ahora contesto únicamente á tus primera y última preguntas. Madrid no me gusta, y me iré dentro de unos días.

—¿Pues qué te ha ocurrido? ¿qué te pasa? volví á decir, alarmado un tanto por el aire de disgusto con que me hablaba este amigo. ¿Has estado enfermo?

—Segun y conforme: lo he estado, y no lo he estado.

—Espícate...

—A eso voy. Enfermo en la cama, con calenturas, dolor de costado, un brazo roto, ó dolor de muelas, v. g., no. Pero no por eso dejo de creer que he padecido, y mas que si hubiera tenido alguno de los dichos ó de otro cualquiera mal, de esos que los médicos de todos colores se empeñan en decir que curan. Sí, amigo, por desgracia no he tenido necesidad de temer á una sangría y á quien me la hiciese, ni de admirar ó reirme de un globulillo y quien lo presentara. He sido de esos enfermos que salen de casa, que vuelven, que van al teatro, al café, al paseo, á las iglesias, á todas partes, en fin, y siempre de prisa, muy de prisa...

—Eso es una especie de locura, le interrumpí.

(La continuacion en la página 416.)

Al sa - lir el sol do - ra - do es - ta ma - ña - na te vi, co - gien - do ni -

ritara. 1.ª vez. 2.ª vez.
- ña en tu huer - to ma - ti - tas de pe - re - gil. Al sa - Pa - ra ver - te mas de

rall.
cer - ca en el huer - to me me - ti, y sa - brás que eché de me - nos mi co - ra - zon al sa -

poco menos. incalzando.
- lir: tú de - bis - tes en - con - trar - le que en el huer - to le per - dí, dá - me - le pe - re - ji - le - ra que te

P.
le ven - go á pe - dir dir. dir. FIN.

—Ahí está. Creo que mi enfermedad... no lo creo: estoy convencido de haber sido loco. Sí, locura: y no se me había ocurrido hasta ahora! Locura ha sido mi enfermedad. He estado enamorado!...

—Acabáras!... le dije entonces, respondiendo con otro suspiro al que arrojó mi amigo con su última frase. Me habías casi asustado...

—No: tranquilízate, que ya estoy sano: felizmente no conjugo ya el *amo amas*.

—Y bien: cuéntame qué ha sido; pues según el principio merecen ocupar nuestra atención tus amores.

—Lo haré por darte gusto, y solo por darte gusto; que bien sabe Dios cuán doloroso es para mí el solo recuerdo de tan malhadado amor; aunque según te he indicado voy curándome del todo ya, y pronto espero haber recuperado mi antiguo buen humor. Poco ha faltado para que no le dejase en Madrid perdido también con muchas de mis ilusiones: mas afortunadamente espero no cambiar de carácter.

—Así me gusta. Cuéntame lo ocurrido, y á reír, le dije á este amigo, que efectivamente tenía, entre otras cualidades, la de ser muy alegre.

—Convenido: pero como la historia no es muy corta, párceme lo mas acertado, que en lugar de estarnos á pié quieto y en la calle, la cuente yo y tú la escuches, sentados ambos en un café, por ejemplo.

Y diciendo y haciendo, nos dirigimos á uno de los de la calle de la Montera. Sentámonos; y empezó mi amigo...

Pero antes, lector, bueno será que concluya este capítulo, ya que le he empezado, por mi cuenta, con el retrato del héroe de esta historia; pues como habla en primera persona, no está bien que se alabe ni que se vitupere, y bueno es además que le conozcas.

No te asustes, lector. No quiero hacerte un retrato á pluma, que es el dibujo mas pesado.

Así pues, te diré en pocas palabras que mi amigo Antonio era en cuanto á lo moral, de un talento claro; en cuanto á su exterior, todo un buen mozo; en cuanto á su carácter, franco y jovial; y en cuanto á sus modales, un tanto amanerado y con ciertas pretensiones de elegante finura, como las tienen todos los señores de aldea. Porque Antonio era aldeano. Tenía veinte años, lo cual es otra de sus mejores cualidades, pues no ignorarás, lector, que esa era la edad que el célebre Voltaire señalaba como tipo, para que en este punto fuesen de su completo agrado las personas. Respecto de las mujeres, concíbese muy bien el gusto del filósofo, que puede llamarse gusto universal; y respecto de los hombres, comprenderá también la razón de esta preferencia aquel ó aquella que hayan tenido relación, sea de cualquiera clase, con un hombre de esos que se dan el modesto título de experimentados.

Digo pues, que mi amigo tenía veinte años, y últimamente, que era rico, aunque no mucho, y tenía por su familia timbres que ostentaba.

Párceme que he dicho de él lo bastante para hacerle, si no interesante ya, digno al menos de no ser indiferente.

Hábase criado en un país montañoso, y recibido una educación sólida, ó lo que es lo mismo, no muy vasta, y un tanto á la antigua, sin que esto sea decir que no hubiese ojeado también varias novelas de Dumas, Sue, etc., etc.

En resumen; hasta la edad de nueve años fué á la escuela, hasta la de diez y seis estuvo en un colegio, y los cuatro años restantes en su pueblo, haciendo la vida que es de suponer; correr mucho, estudiar poco, cazar á menudo, leer novelas cuando podia, y aburrirse siempre. Sentados estos antecedentes importantísimos, como diría hablando de un ministro un diputado ministerial ó del tres por ciento, continúo, ó por mejor decir, dejo la palabra á mi amigo, recordándote por último, lector, que estábamos sentados en un café.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO UN JÓVEN PROVINCIANO SALE DE SU CASA Y VIENE Á MADRID MUY CONTENTO, SIN DUDA PORQUE NO SABE QUE DONDE LAS DAN LAS TOMAN (1).

Pues señor... (es un modo de empezar español esencialmente) pues señor, has de saber, amigo mío, me dijo Antonio, que en uno de los días de abril, por cierto, en que mas aburrido estaba yo, viendo cuán lenta y desgraciadamente, en mi concepto, pasaba en una triste aldea los mejores años de mi juventud, siendo así, que según alguna de las novelas que habia leído, figurábase muy capaz de hacer un gran papel en el mundo, llaméme á su despacho mi padre, contra su costumbre, después de comer.

—Antonio, me dijo, no necesito oírlo de tu boca para saber que te aburres, ni que me indiques tu deseo para conocerle.

Sorprendiome, como puedes figurarte, el principio de esta conversacion, aunque no me desagradó su giro.

—Sí, continuó mi padre, te aburres y deseas salir, ver mundo, ir á Madrid, supongamos...

—Es verdad...

E iba á continuar, cuando me interrumpió mi padre diciendo:

—Pues yo no lo deseo menos. Conque prepárate á marchar uno de los próximos días.

Esta salida me dejó aturdido, de felicidad por supuesto. No sé lo que de puro agradecido hubiera hecho con mi padre. Estuve tentado de llamarle hermoso, aunque ya sabes que es feo: hubiérale hecho una caricia á pesar de su seriedad, y habriále dicho una tontería, aunque no soy un simple. Tanto hubiera hecho y dicho, que al fin nada dije ni hice.

Me quedé como estaba.

—Precisamente, añadió mi padre, tenía pensado de algun tiempo á esta parte que hicieras un viaje á Madrid, á ver mundo, á formarte, á tomar ese tinte de civilizacion y soltura para vivir en sociedad á todo evento; cuando para decidir mi resolucio, recibí ayer una carta de mi amigo D. Agustín Intriga, á quien han hecho ministro y que me dice... pero te la leeré y es mas corto.

Esto diciendo, sacó mi padre una carta de un cajón de la

(1) Te prevengo, lector, que si bien la relación de los sucesos es de mi amigo, el nombre de los capítulos me pertenece. A cada uno lo que es suyo.

mesa de su despacho, abríola con cierto miramiento, calóse las gafas, y me leyó lo siguiente:

«Mi estimado y respetable amigo: El que V. no necesite de mí, no es razon bastante para que yo, sea cualquiera mi posición, deje de ofrecerle mis servicios en cambio de los que me tiene prestados.»

Sin perjuicio de que tal vez te la explique en todas sus partes en el curso de esta historia, te diré por vía de anticipacion, que el último período de esta carta se referia á que el tal ministro debió el ser diputado antes á la influencia de mi padre.

«S. M., decia la carta, acaba de honrarme con el cargo de ministro de... lo cual me apresuro á participarle, porque así lo creo de mi deber, y por si en algo puede complacerle, como desea su afectísimo etc. etc.»

—Ya ves, siguió mi padre, nunca mejor ocasion: no porque tú necesites la proteccion de un ministro para comer, pues gracias á Dios, tenemos para pasarlo independientes. Deseo sin embargo, que puesto que no has de tener otra ocupacion, te coloques en un destino decente, aunque no sea grande el sueldo, porque al fin, el aprender á tu edad no está demás, y el que vayas á Madrid por la vez primera, sin tener nada que hacer, joven, y como tal inesperto que eres, no es conveniente.

Basta, por último, decir que se decidió mi viaje definitivamente para dentro de cuatro días, tiempo que consideró mi padre suficiente para preparar todo lo relativo á esta marcha.

Escuso decirte que estos cuatro días se me hicieron cuatro años. Tal era mi prisa por ver realizado lo que aun creía sueño, no obstante la tristeza de mi madre.

Tenía veinte años.

Llegó por fin el deseado día. Nos despedimos, ó mejor, me despedí de mis padres; hubo lágrimas por una parte, y consejos por otra; pronto olvidé los últimos y se me olvidó la impresion de las primeras. Esto, en cuanto á mi familia. Los amigos no faltaron desde luego; según se acostumbra en pueblos pequeños, vime al subir á la diligencia rodeado de una porcion de personas, que me hablaban á un tiempo cada cual de su asunto, que me apretaban la mano, que me pisaron á veces, y me llenaron de encargos.

Después de que sé lo que es Madrid, héme comarado en aquellas circunstancias á un puesto en tiempo de ferias. No habia enredo viejo, pleito perdido, pretension absurda, ni tontería flagrante, de que no se me hiciera depositario en aquellos momentos, para mi tan supremos.

Dominando por fin á aquella balumba, sentí el alegre chis... chas... del látigo del mayoral, y su no menos alegre voz, apostrofando á la Coronela y al Mulato. Supongo que supondrás que hablo de una mula y un macho.

Partimos: y después de tres días mortales, según luego he reflexionado, después de tres días embutidos en un cajón, y sobre unos asientos que cualquiera á primera vista creeria rellenos de lana, ya que no de pluma, cuando lo mas blando que encerrasen debia ser arena de mar, sembrada de pelotitas de papel; después de venir dándome de codazos con los vecinos sin querernos mal, y de cabezadas con las tablas sin estar locos; después de comer poco, malo, y á malas horas, pagándolo mucho, en buena plata, y en el acto; después, en fin, de un viaje en diligencia en la española tierra, año de gracia de 185..., llegamos á la coronada villa, sin otro algun accidente que un retraso de treinta horas en cincuenta leguas.

Llegamos, amigo; por mejor decir, llegué, y desde aquel instante empieza el torbellino en que me ví envuelto, y que con sensaciones tan variadas en lo sucesivo, me hizo por entonces olvidar todo lo pasado. Olvidé el mareo de la diligencia, olvidé el mal camino, las posadas malísimas, olvidé los encargos (que siguen en el mismo estado por supuesto), olvidé las lágrimas de mi madre y los consejos de mi padre. Todo, absolutamente todo, se borró ante mi atolondramiento repentino, al cruzar, precedido de un mozo que llevaba mi baul, la puerta del Sol; *plus ultra* y *non plus ultra* de Madrid, para llegar á la calle Mayor, donde vivia un amigo de mi padre, y á cuya casa fui á parar.

Ya estoy en Madrid. ¿Creeráse, seguía mi amigo, que á pesar de lo cansados que debieran estar mi alma y cuerpo, dormí muy poco en aquella mi primera toledana noche? Pues es la verdad.

CAPÍTULO III.

DE CÓMO EL HÉROE DE ESTA HISTORIA EMPIEZA ANDANDO MUY DESPACIO, PARA CONCLUIR CORRIENDO POR LAS CALLES DE MADRID.

Al otro día, primero de mi estancia en la corte, me levanté temprano, y después de haberme lavado, restregándome la cara cosa de dos horas, saqué del fondo del baul mi traje de gala; púsemelo y salí á la calle, como hasta entonces habia estado, atolondrado.

Á la manera que un pajarillo cuando le han empezado á salir las plumas, trata de hacer sus ensayos para volar, dejando el nido, y saltando tímido de rama en rama, sin ir muy lejos, por miedo sin duda de estraviarse, así yo, receloso y cauto, empecé por salir de casa con muchas precauciones, andando poco á poco, de calle en calle, parándome en todas algo, admirándome de todo, y sin desviarme mucho de la casa de mi huésped, temiendo no acertar á volver.

En la calle leia todos los rótulos de las tiendas, deteníame horas enteras ante las bisuterías ó estamperías, hacia corrillo alrededor de los músicos ciegos, seguía á los que tocaban los organillos, y especialmente admiraba á los que llevaban la mona que subia y andaba de balcon en balcon. Era esto para mí muy extraordinario. De otra diversion disfrutaba yo los primeros días y aun el primer mes. Como vivia en la calle Mayor, por donde pasa la tropa para la parada diaria de palacio, pronto me lancé á la calle, incorporándome á los soldados. Iba siempre al lado del tambor mayor; figura que me chocaba altamente, y procuraba guardar el paso por de contado. Tal pasaban mis primeros días, soltándome yo más á cada uno, de manera que ya no temia perderme, aunque no disminuía mi admiracion, y se me figuraba que en lo que yo hacia, se cifraba la vida placentera de la juventud madrileña. Pronto cambié de opinion.

Temiendo abusar, habia indicado al buen amigo, en cuya casa estaba, que desearia pasar á una de huéspedes; y á mis reiteradas instancias, y después de protestas muy amistosas por su parte, buscóme hospedaje en la misma calle Mayor, y el día antes de que dejara su casa brindóme á dar un paseo por la

tarde. Salimos efectivamente y bajamos al Prado, desde donde pasamos al Retiro, viniendo á descansar, al anochecer, en un café de los mas elegantes. No se me olvidará aquella tarde por las impresiones que me causó. Aquella concurrencia del paseo, aquel lujo, aquella elegante variedad, aquellos coches, todo en fin, produjo en mí una maravillosa impresion. Y me habia visto á Madrid sino por el lado peor. Miré á mi traje, que tenia por elegante asaz, y me avergoncé de ir tan mal vestido. Quedé deslumbrado, y admirábame hasta de los lacayos.

Al otro día me instalé en mi nueva morada, y desde este, y en los sucesivos, despojéme en parte de mis primeros hábitos: no seguia ya á los organillos, aunque el de la mona me robaba algunas miradas; leia solo los rótulos mas relumbrantes, y no me paraba ante los ciegos de las coplas. Solo conservé mi afición á la parada: eso sí; á las diez de la mañana estaba al lado del tambor mayor.

Mi primer pensamiento al volver de palacio, con la tropa por supuesto, fué mudar de traje, y aunque en la calle Mayor pude hacerlo, ocurrioseme, por variar, ir á la de Atocha, frente á Santo Tomás. Entré en una de aquellas roperías al acaso, y me encontré cara á cara con un hortera, que se me figuró todo un caballero comerciante.

—Servidor de Vd., señor mío, me contestó sin haber preguntado yo nada. ¿En qué puedo complacer á Vd.? Tenemos un surtido vario y elegante, como Vd. puede juzgar. Vea Vd., hay donde escoger. ¿Qué ha de ser?

Esta lluvia de preguntas y galanterías me dejó un poco cortado, y me confirmé en la idea de que el caballero comerciante era además muy amable.

—Quiero un traje completo, le dije.

—Ahí bien: está muy bien: con eso habrá en todo el mas armonía. Si señor. ¿Y cómo desea Vd. vestir, á la francesa ó á la inglesa?

Estas dos frases me convencieron de que el caballero amable era además un sabio en el arte.

Quedé ante su superioridad humillado, y entreguéme en cuerpo á aquella notabilidad elegante.

—Como Vd. quiera, le dije. Lo dejo á la eleccion de usted. Deseo ir elegante.

—Muy bien, dijo, y empezó á revolver ropas, desatar chalecos, descolgar levitas, etc., etc., moviendo sus brazos más ágilmente que lo habia hecho con su lengua. A ver, ¿este pantalon le gusta á Vd.?—Nada, dije, no me pregunte Vd. nada y proceda.

Efectivamente, después de volver y revolver, hablar consigo mismo, medirme todo el cuerpo con la vista y con los dedos, apartó un pantalon, un chaleco, una levita y lo hizo un lío.

—Ahí tiene Vd., señor mío, me dijo. Espero que irá usted satisfecho. Lleva Vd. unas prendas de mucho mérito, de esquisito gusto. Un pantalon á la inglesa, un chaleco oriental y un levisac de castor diagonal.

Estas últimas frases me anonadaron: así que, apenas tuve valor para preguntar á mi respetable vendedor el precio de tan extraordinario traje. Pagué sin regatear, y salí deshaciéndome en cortesías hácia tan amable y sabio caballero comerciante.

En dos saltos me puse en la posada, deseando admirar á solas la maravillosa vestidura que habia de lucir en el Prado aquella tarde.

Salí temprano de mi casa, hueco como un pavo real, tieso como un figurin de carton, y grave como un fraile bien comido.

No sé si seria aprension mia; pero figuróseme que llamaba á muchos la atencion, y aun creí oír al pasar por la Puerta del Sol á varios caballeros, que me miraban de rabo de ojo—vaya una facha,—el chaleco parece un purgatorio—pero achacábalo á admiracion ó envidia, y cuando mas abajo, al cruzar la calle del Príncipe, tropezó conmigo, como de intento, una haldad muy compuesta y atusada, y me dijo mirándome tieso:—adios hermoso—creí reventar de orgullo, tanto que ni me digné mirar siquiera á aquella *señorita*. Por tal la tenía.

Llegué al Prado con humos de conquistador, y pasé una tarde de triunfo al verme objeto de los cuchicheos de algunos, atribuidos á admiracion por mí, y de las miradas risueñas de alguna bella, que suponía producidas por otra cosa.

Sin embargo de mi satisfaccion, notaba yo algun vacío al volver á casa, solo y pensativo.—Alguna cosa me falta, decia entre mí. Soy sin duda un cumplido caballero, un héroe de novela, y acordándome de las que habia leído,—ya pareció aquello, me dije:—sí; no hay duda; para ser todo un héroe de novela me falta una dama de mis pensamientos; un objeto digno de consagrarle mi mérito todo: sí, una mujer muy linda, muy vaporosa, aérea, espiritual, una Adriana de Cardoville, que no sea como las demás mujeres. Esto me falta, y lo tendré.

Así concluí mi soliloquio; tal era la confianza en el valor y mérito de mi persona. Desde aquel momento desarrollóse en mí, tenaz, punzante é inquieta, la idea de un amor á un ser imaginario.

¿Con cuánta frialdad pensaba en aquello entonces!

No tardé mucho en ver á mi ideal personificado.

¿Con cuánto ardor me enamoré después!

Pero no anticipemos los sucesos.

Fuíme á un café, pensando en mis dorados amores: este pensamiento me acompañó á casa: mientras me quitaba las botas, mientras cenaba, mientras me acostaba: soñé con él, con él desperté, y con él pasó la mañana siguiente, no obstante mi parada de Palacio, á que no falté.

Soñé con él, amigo, y desde entonces creo algo en los sueños, como creo en los presentimientos. Soñé pues que estaba detenido ante una estamperia (y ya ves que esto tenia algo de real) admirando una procesion de frailes para un auto de fé, de periodistas recalitrantes, y que al retirar mi vista de aquellos horrores, ví cruzar rápida ante mis ojos una carretela abierta. En ella iba una mujer cuyo rostro no podia yo distinguir bien, pero que tenia algo de divino, porque á pesar de la vaguedad que lo rodeaba, seguíanle mis ojos fascinados.

Decia pues, que volví de la parada de palacio, escribí unas cartas á mi familia, comí é hice otros enredillos para matar el tiempo hasta la hora de paseo. Dieron las cuatro de la tarde, me vestí, me acicalé, y me lancé á la calle. Y desde ahora empieza mi pasion.

Esto dijo mi amigo Antonio; hizo una pausa, echó un sorbo de café, imitéle, y después de tomar aliento, continuó.

(Continuará.)

BELLAS ARTES.

Londres ha erigido la estatua del grande hombre de estado, sir Roberto Peel, obra de Gibson, en el claustro Norte de la abadía de Westminster. La efigie es de tamaño natural, de mármol blanco, colocada sobre un pedestal de mármol blanco vetado de azul. Peel está representado en la actitud de pronunciar un discurso en el Parlamento; tiene en la mano derecha un papel arrollado que descansa sobre la palma de la izquierda.

—Parece ya fuera de duda que tendrá efecto la creación de un magnífico monumento que eternice el nombre de la emperatriz Josefina de Francia, cuyo nombre se pronuncia allí aun siempre con veneración y afecto; y hé aquí también el motivo de que la suscripción para llevar á cabo aquel proyecto sea tan numerosa. Como lugar de su emplazamiento, queda designado Malmarison ó Ruelle.

—El cincelador Mertens, artista que adquirió tan grande renombre con la ejecución del escudo de Cornelio que el rey de Prusia regaló al príncipe de Wales, su ahijado, y como regalo de bautizo, ha recibido del emperador Luis Napoleón el encargo de ejecutar en bronce la grande estatua ecuestre de Federico el Grande, con cinco piés de altura, según el precioso modelo del célebre escultor Rauch, para colocarla en el museo respectivo.

—Han sido ejecutados en Munich dos retratos de la princesa Isabel de Baviera, futura esposa del emperador de Austria, que por su extraordinario mérito artístico llama mucho la atención. El uno es del pintor Hanfstengel, y el otro de Dürk, ambos de Munich. El parecido de uno y otro retrato no deja nada que desear, y han sido reproducidos y multiplicados por el procedimiento galvano-gráfico.

—En Lila, capital del departamento del Norte de Francia, se va á erigir en el interior de la Bolsa un grande monumento en honor de Napoleón I, y como eterno tributo á la especial protección que concedió á los intereses mercantiles.

—La estatua ecuestre del difunto archiduque Carlos, con una altura de veinte piés, será ejecutada por el escultor Ferukorn. El pedestal tendrá veinte piés de alto. El modelo en barro quedará concluido para el año de 1855, y la fundición de toda la obra en 1858.

—La Academia de Artes de Parma presenta á los pintores europeos el siguiente hecho histórico para el cuadro que han de ejecutar los que aspiren al premio de competencia:

«En 1527, cuando Roma fué conquistada por las tropas imperiales, pintaba á la sazón en dicha capital Francesco Mazzola, el Parmigianino, un cuadro de la Virgen, suspendida en el aire y leyendo con el niño entre sus piés. Sobre la tierra representaba en bellísima actitud con una rodilla hincada, un San Juan, el cual, mirando á un lado, señala con su mano el Niño Jesús; á otro lado se halla recostado en tierra el penitente San Gerónimo.» Después que las tropas enemigas habían penetrado al interior de la ciudad y comenzado el saqueo, llegaron algunos desenfrenados guerreros también á la casa dentro de la cual se ocupaba Mazzola. No solamente con la mano, sino también con el espíritu entregado á su trabajo, no hizo caso del bullicio, hasta que la soldadesca penetró en su cuarto. Quiso la casualidad que uno de los soldados, algo inclinado al arte de la pintura, y quizá asombrado por aquella preciosa obra, se opuso á todo acto de violencia, que los demás compañeros estaban á punto de cometer. Hé aquí la idea del cuadro. Deberá este tener 1 metro y 36 centímetros de alto y 2 metros de ancho. Premio 1000 francos. La presentación del cuadro podrá verificarse hasta el 31 de agosto de 1854, al secretario de la Academia, caballero P. Michele Leoni.

—Como interesante anécdota puede figurar en esta sección el siguiente suceso:

Hallándose Horacio Vernet en Argel se encontró estando un día cazando casualmente con un barbero cazador, que tenía un perro que hubo de gustar extraordinariamente á Vernet. Conocido esto por el barbero, se le regaló, y el eminente artista, para corresponder á tan generoso desprendimiento y esquisita fineza, le remitió al poco tiempo un cuadro de grande mérito que representaba en un paisaje á los dos cazadores y á la perra.

Desde que el maestro barbero se halla en posesión de este preciosísimo cuadro, acude á su establecimiento una parroquia tan numerosa, que para atender á su servicio ha tenido que aumentar el personal de sus mancebos, quedando las demás barberías casi desiertas.

MÚSICA.

A los grandes sucesos del mundo filarmónico corresponde ciertamente la grande fiesta musical que tuvo lugar en Carlsruh, capital del Gran Ducado de Baden, en los días del 3 al 6 de octubre último, bajo la dirección del distinguido profesor Francisco Listz. La orquesta y coros de los teatros Reales de Darmstadt, Mannheim y Carlsruh han tomado parte en esta notabilísima reunión.

El programa fué como sigue:
Dia primero. 1. Sinfonía.—2. Cantos de solos.—3. Concierto de violines.—4. Final del fragmento de la ópera de Mendelssohn, *Lurley*.—5. Sinfonía novena de Bethoven.

Dia segundo. Festejos y diversiones públicas.
Dia tercero. Otra vez producción musical, á saber: 1. Sinfonía de una ópera de Meyerbeer.—2. Canto de solos.—3. Concierto de clarinetes por H. de Buelan.—4. Coro de hombres, compuesto por Listz.—5. Las tres primeras partes de la sinfonía de *Julietta y Romeo*, por H. Berlioz.—6. Final y canto de himeneo.

Dia cuarto. Grande función en el teatro de la corte.
—La Academia ó Conservatorio organizado en París por Niedermayer para el fomento esclusivo de la música religiosa, prospera extraordinariamente, debido en gran parte á la protección del gobierno, pues recibe por los fondos del ministerio de Estado la cuota anual de 5000 francos, y por el de Instrucción 18000, con la obligación de 36 plazas gratuitas para alumnos pobres. También los arzobispos y obispos miran este establecimiento con suma complacencia, y se proponen consagrarle su eficaz apoyo.

—Por noticias posteriores á las que dejamos sentadas ya,

se sabe que la impresión que produjo el éxito de la fiesta musical de Carlsruh nada dejó que desear. El príncipe regente ha convidado á su mesa á los principales artistas, y tratádoles con particular deferencia y bondad.

CORREOS Y TELÉGRAFOS.

Los siguientes datos oficiales presentados al Parlamento demuestran el colosal crecimiento de la correspondencia pública en el reino unido de la Gran Bretaña. En 1839 circularon por las diferentes administraciones de correos 82.470,596 cartas; en el siguiente año se duplicó esta cifra, y en 1852 ascendió á 379.504,499.

—La administración central de correos de la Suiza publicó su presupuesto correspondiente á los primeros siete meses de este año. Los ingresos importaron 3.875,500 y los gastos 2.978,900 francos; es decir, que resultó en favor de la caja central la cantidad de 896,600 francos. En aquellos siete hubo 1.738,000 viajeros y 1.252,000 cartas.

—A mediados de octubre próximo pasado ha quedado inaugurado un servicio de correo marítimo con vapores entre Nantes y Lisboa. La travesía se verifica en 85 horas.

—En los primeros ocho meses del presente año hubo en Suiza 45,286 despachos telegráficos internos y 4,326 con el extranjero. La longitud total de la red de alambres en Suiza, país de solo 752 leguas cuadradas, asciende en todo á 500 leguas, y 68 son los puntos principales en que se admiten despachos telegráficos, mientras que la Francia solo cuenta 60.

—Un médico inglés, que hace ya algunos años se halla establecido en la China, ha presentado una combinación de signos sumamente curiosa, para simplificar las comunicaciones electro-telegráficas, reduciendo los millares de caracteres caligráficos que tiene la lengua china á unos diez y ocho signos.

—Del extraordinario perfeccionamiento en el sistema de telégrafos en los Estados Unidos del Norte América se podrá formar una idea, si se toma en consideración que de Nueva York á Nueva Orleans, es decir con una distancia de 2000 millas inglesas, se recibe por lo regular un despacho telegráfico con una reseña muy detallada de las noticias que ha traído el correo del continente europeo en unas tres horas, quedando incluido en este tiempo el empleado para acusar el recibo de la comunicación telegráfica.

OBRAS PUBLICAS.

Se ha formado en Londres una compañía pública sobre la orilla derecha del Támesis para proceder á la construcción de nuevas dársenas, locales cerrados con destino para las embarcaciones desarmadas, y en los cuales se verifica la carena y rehabilitación de las mismas. Se denominarán Dársenas de Wellington, y ocuparán una superficie de 120 fanegas de tierra. El capital para llevar á cabo estas obras asciende á un millón de libras esterlinas, en acciones de 25 libras cada una. A pesar de los numerosos establecimientos que de esta naturaleza existen en Londres, es ya imprescindible la construcción de otros nuevos, pues durante el año próximo pasado quedaron hasta 5000 embarcaciones extranjeras sin hallar un abrigo seguro. Aun prescindiendo de esto, hubo en las aguas del Támesis 38,000 barcos costeros y lanchas pescadoras, las cuales descargan sobre el río mismo.

—En la calle nueva de Rivoli en París se va á construir según noticias un teatro colosal, un teatro nacional. Obrar ya en el Ministerio del ramo y en el Ayuntamiento los planos respectivos.

—Continúan con grande actividad las obras emprendidas poco há para el ensanche del puerto de Liorna, habiendo al efecto destinado el gobierno 16 millones de francos.

MEDICINA.

El doctor Burg ha publicado una memoria, de la cual se deduce que el cobre y el acero son dos preservativos eficaces contra el cólera, y que esta enfermedad había perdonado en los años de 1834 y 1849 á todos aquellos que se ocupaban en labores de esos metales. El doctor Burg cura pues á los coléricos introduciéndoles en brazos y piés aros de cobre y acero. Si este descubrimiento se confirma en sus felices resultados, sería un beneficio extraordinario para la humanidad.

—En Montenegro, país en la parte occidental de la Turquía europea, cuyos habitantes descienden de los eslavos, como también en las provincias eslavas, se halla todavía el sistema curativo en un estado sumamente atrasado de desarrollo. Médicos científicamente instruidos no se encuentran en Montenegro, y los habitantes sienten esta falta tanto mas, cuanto que un grande número de enfermedades y achaques que afligen á las naciones de la Europa civilizada, se conocen entre ellos. Las enfermedades mas comunes que padecen los montenegrinos son, en tiempo de invierno las calenturas nerviosas, y en verano las tercianas, cuya curación abandonan casi siempre á la naturaleza, ó la estinguen con varios remedios caseros. Entre aquellas gentes dadas física y moralmente á las leyes de la naturaleza sencilla, ejercen por otra parte las influencias religiosas un ascendiente bastante grande en la curación de sus males, y el clero sabe sacar grande partido de esta circunstancia. El difunto Vladika, señor temporal y espiritual de aquel pequeño estado, gozaba muy particularmente del distinguido concepto de saber curar las enfermedades con sus oraciones; mas como del tal jefe de la nación no se pudo conseguir que su paternal solicitud por el bien de sus súbditos, por mas decidida que fuera, se ocupara individualmente con los enfermos allá en sus moradas, enviábasele la gorra de aquellos, sobre la cual pronunciaba su correspondiente oración.

Sirven de hospitales los conventos, encargándose los monjes en todo y por todo de la asistencia de los enfermos. Si los montenegrinos carecen de conocimientos para curar con éxito las dolencias interiores, sucede lo contrario respecto á la curación de heridas y cuantos padecimientos son de esclusiva asistencia y trato quirúrgico, los cuales ocurren con tanta frecuencia con la vida tan belicosa que llevan. En tamaños casos, y siempre que remotamente sea posible, prescinde el montenegrino de todo auxilio facultativo, y cuando mucho llama para la aplica-

ción de los remedios á un vecino suyo para que le ayude, y manifieste su parecer. Hay sin embargo siempre algunos que en este campo práctico curativo tienen una habilidad especial, los cuales suelen ser consultados de los menos inteligentes en caso de gravedad, sin que por este servicio exijan retribución alguna. Circunstancia digna de llamar la atención es la de que los heridos pueden beber tanto aguardiente como quieren. Si este último *consolatio generis humani*, como Raimundo Llul denomina el aguardiente, se toma efectivamente en tan sobrada cantidad, no lo sabemos; pero lo cierto es que á veces viene á reemplazar el cloroformo, constituyendo entonces al enfermo en un estado de atargamiento que puede ser emprendida con el cualquier operación, sin temor de que sienta un dolor demasiado vehemente.

—La junta superior de sanidad en París ha publicado el siguiente remedio para curarse de la mordedura de un perro rabioso ú otro animal que lo esté. Se apretarán fuertemente las heridas con los dedos para que salga bien la sangre, y con ella la saliva, lavándolas después cuidadosamente con sal alcalina disuelta en agua de jabón, ó también en salmuera, agua bien limpia ú orines, y por último se quemarán bastante profundamente con un hierro candente.

LAS FIESTAS DEL BEIRAN, CELEBRADAS EN CONSTANTINOPLA,

Y EL SULTAN ABDUL-MEDSCHID-KAHN.

Las fiestas del Beiran se celebran en la capital del imperio otomano con extraordinario fausto y magnificencia. El Sultan recibe en aquellos días los homenajes de todos sus vasallos, distribuye gracias, hace dádivas, y se dirige con la mayor ostentación á la mezquita de Santa Sofía, montado en un caballo ricamente enjaezado. En lugar del sencillo jaique azul y rojo turbante, viste en aquella ocasión el ropaje de mas rigurosa gala, y una estrella deslumbradora de diamantes.

Con el primer día del Beiran termina el riguroso ayuno que observan los turcos durante el mes de Ramazan. Ese día principia en el momento en que la luna nueva del mes de Scheval se hace visible, cuya aparición se espera con la mayor ansiedad. El estampido de cien cañonazos en el Serrallo, y un ruido estentóreo y estremecedor de tambores y trompetas en todas las plazas públicas, anuncia á la regocijada población el deseado fin del grande ayuno.

El segundo Beiran se celebra á los setenta días del primero, y dura cuatro días. La época de estas dos fiestas cambia por la razón de que el año mahometano es lunar con 354 días; de modo que su celebración se verifica en todas las estaciones del año. El objeto principal de las mismas es la conmemoración de la peregrinación á la Mecca, cuna de las tradiciones musulmanas, y lugar de nacimiento de Mahoma. Todo fiel musulmán debe por precepto sagrado hacer, á lo menos una vez en su vida, una peregrinación á la Mecca.

Siempre que Abdul-Medschid-Kahn, el actual Sultan, se presentó durante aquellas fiestas en público, notábase en su semblante una emoción íntima, como preocupado de las extraordinarias circunstancias que en el día agitan á su imperio. Por otra parte, representa el Gran Señor, que cuenta ahora tan solo treinta años de edad, cuando menos cuarenta, consecuencia de haberse dejado llevar demasiado prematuramente de los encantos de la vida de Haren, ó sea el departamento ó clausura retirada en que los Sultanes tienen á sus mujeres y concubinas. Sus ojos tienen viveza; pero están siempre ojeros; sus mejillas están pálidas y hundidas; en fin, en todo su rostro se advierte cierto tedio, y como si la vida no tuviera ya para él atractivo.

Su traje ordinario consiste en una levita y pantalon de corte enteramente europeo, y por encima una capa azul turquí, sujeta de un broche cubierto de diamantes. En su comitiva lleva siempre un grupo de eunucos, bajás y funcionarios del Estado. Su mirada, sombría y melancólica, descansa de vez en cuando en objetos que encuentra por las calles; pero el objeto pertenece ó no pertenece al número de los seres animados, siempre se nota en él cierta indiferencia. Semejante modo de mirar es bastante general en las naciones del Oriente, particularmente en aquellas personas que ejercen algun poder superior.

TEATROS.

París va á perder del todo y en parte á tres de sus principales celebridades teatrales. La Rachel y la Grange van por algun tiempo á San Petersburgo; y Roger, el célebre tenor, se retira definitivamente de la escena, según se asegura.

—Trátase en estos momentos en París de un vasto proyecto, á saber: el organizar una sociedad de accionistas para tomar á su cargo todos los teatros de provincia del imperio, cuya dirección y administración central tendrá su residencia en París. La suma con que hasta ahora se han suscritos ya varios accionistas asciende á dos millones de francos.

—El drama de J. Sand, titulado *Le Pressoir*, ha sido ejecutado en París con extraordinario éxito, mientras que la ópera nueva de Verdi, *El Trovador*, ha hecho fiasco en Trieste. A pesar de esto se ha presentado el compositor con su mas reciente ópera titulada *El rey Lear*, lleno de esperanza en París. Aquí se ha escripturado la señorita Cruvelli para el gran teatro de la ópera por 100,000 francos por toda la temporada, y la señorita Alboni por 2000 francos por cada representación.

—Corre en París la noticia de que en breve se pondrá en escena un nuevo drama, *Mauprat*, obra de la fecunda escritora George Sand, cuyo argumento lo ha tomado de su novela del mismo título.

—La ópera alemana puesta en escena por primera vez en Rotterdam, y bajo la dirección del señor Rosemberg, ha sido perfectamente recibida del público, pudiendo la empresa prometerse grandes resultados.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



Capítulo de caballeros de la Orden de Carlos III, en la Capilla Real de Madrid, el 8 de diciembre, según un dibujo del señor Benjumea.